

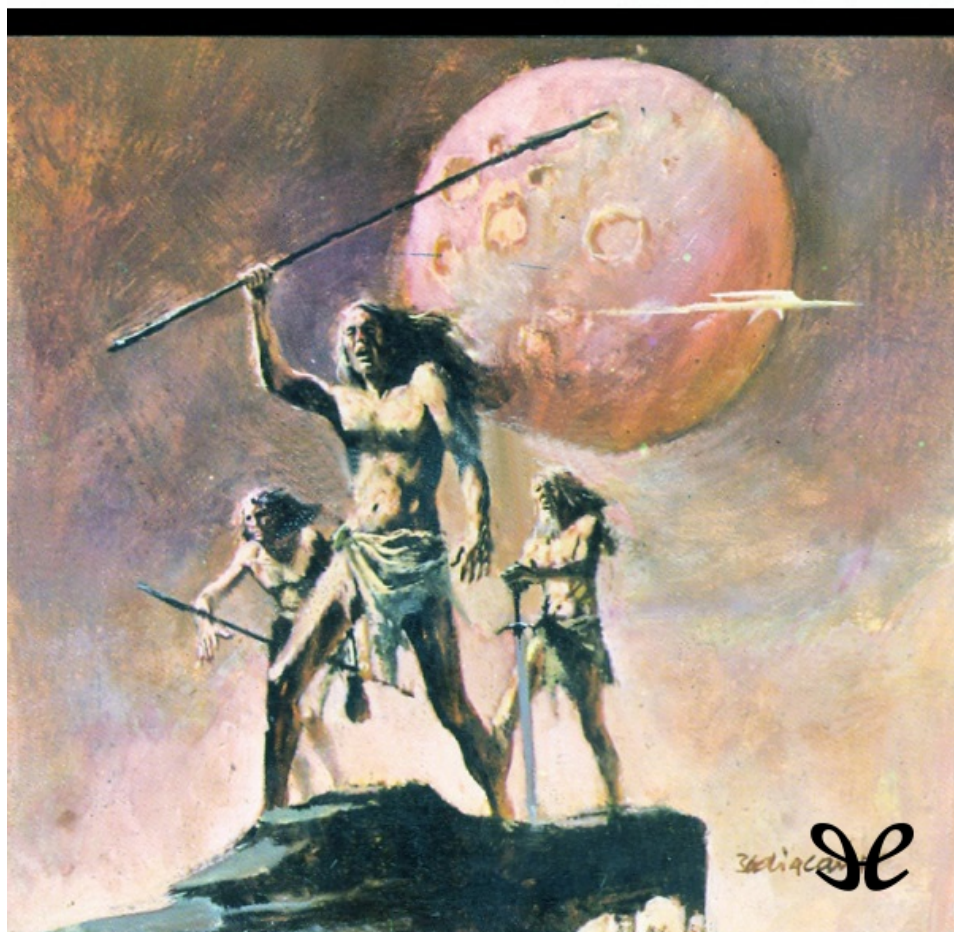
BOLSILIBROS

la conquista del
ESPACIO

MERCADERES DEL ESPACIO

a.thorkent

CIENCIA FICCION



Corinha está dividido en dos estados rivales, Fharlon y Khuride, regidos respectivamente por dos monarcas, el Gran Zhan Dhormine y la Gran Thaes Tecsa, empeñados en una tenaz lucha secular por obtener la hegemonía sobre el planeta. El Orden Estelar ya ha llegado a Corinha pero, sometido a sus restrictivas normas que proscriben las interferencias en sociedades ajenas, se han limitado a enviar al planeta sendos coordinadores -uno por reino- encargados de velar porque la situación no empeoren de cara al futuro ingreso de Corinha en la comunidad galáctica, al tiempo que intentan conseguir, sin demasiado éxito por cierto, que ambos reyes olviden sus diferencias en aras del bien común.



A. Thorkent

Mercaderes del espacio

Bolsilibros: El Orden Estelar - 11

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 109

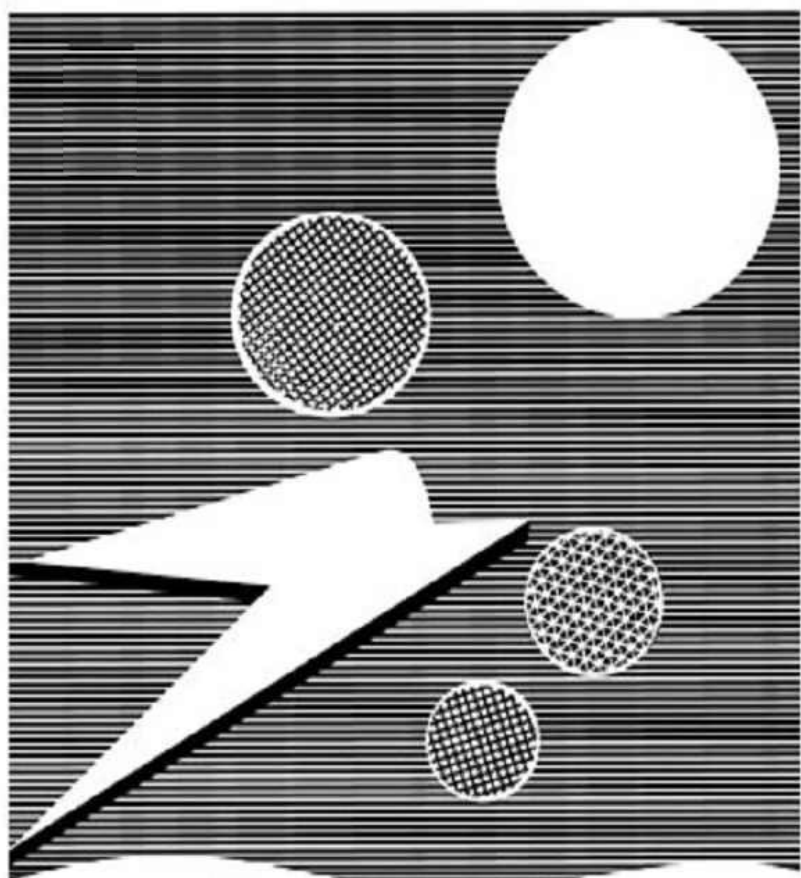
ePub r1.0

xico_weno 08.09.15

Título original: *Mercaderes del espacio*
A. Thorkent, 1972

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





**LA CONQUISTA
DEL ESPACIO**

CAPÍTULO PRIMERO

Al pararse el ruido de los motores pudieron percibir el furioso golpear de la lluvia sobre el casco de la nave.

—Hemos llegado en la estación de las lluvias —dijo el piloto mientras acercaba al pasajero la pequeña valija—. Deberá llevarse un impermeable si no quiere ahogarse ahí fuera.

—Fíjese en eso —dijo el pasajero, señalando con su índice a través del cristal por el que resbalaban gruesas gotas de agua.

El piloto pegó su nariz al ojo de buey y aprovechó el estallido de un relámpago para ver a unos treinta metros de la nave a media docena de grandes caballos cornudos con sus respectivos jinetes armados hasta los dientes.

—Son guerreros de Dhormine Zhan, que me esperan en este lugar desde hace semanas. Seguro que no se han movido de ahí durante ese tiempo, a pesar de la lluvia —explicó el pasajero, sonriendo.

Era alto, musculoso, de cara delgada y mirada penetrante. Tenía los brazos largos y los dejaba caer como si le pesaran. Del cinto pendía una corta espada y una pistola. Ésta tan sólo podía ser extraída mediante un seguro especial por su dueño.

—Son hombres de confianza del Gran Zhan, fanáticos —siguió diciendo el pasajero—. No sentirían por mí ningún respeto si saliera de la nave temiendo la lluvia.

Ellos se bastan con una gruesa capa de piel para enfrentarse con los desatados elementos de la naturaleza —rió quedamente y agregó —: Y no pienso ser menos que ellos.

Tomó una capa de piel sintética e impermeabilizada, la pequeña maleta y se dirigió hacia la cerrada puerta de la nave, haciendo una señal al piloto para que abriese.

La lluvia, impulsada por el fuerte viento, penetró por la abierta puerta y golpeó al pasajero, que no pudo evitar tener que

retroceder. Escuchó una risa detrás suyo y decir luego al piloto:

—Vamos, señor, que los temibles caníbales, le están viendo. Suerte. Arriba esperaremos sus noticias con impaciencia.

El pasajero no respondió y bajó de un salto. Trató de quitarse la impresión que le causó recibir el torrente de agua. Se tapó lo mejor que pudo con su capa y se dirigió con pasos rápidos hacia el grupo de guerreros.

Los fharlonitas, inmóviles, observaban al pasajero acercárseles. Parecían ejercer sobre sus caballos un influjo mental que impedía a los animales hacer un solo movimiento.

El hombre llegó junto al primer guerrero y le dijo:

—Soy Daniel Cuertes, el mercader —mostró sus blancos dientes y añadió—: Supongo que tienen un caballo para mí, ¿no?

Los seis guerreros se miraron entre sí, silenciosos y torvos. El llamado Cuertes apenas podía ver sus rostros a causa de la oscuridad y las pobladas barbas.

—Me llamo Etzen —dijo uno de los guerreros—. Soy capitán de la guardia personal del Gran Zhan. Hace seis días que le esperamos.

—Lo siento —repuso Cuertes. Hablaba con fluidez la lengua del planeta. Eso debía causar una buena impresión en los nativos—. La vigilancia que ejerce el Orden sobre este planeta, es severa. Nos costó mucho trabajo burlarla. Lamento haberles tenido tanto tiempo bajo la lluvia.

La recia figura del capitán Etzen se galvanizó ante las palabras de Cuertes. Sus hombres, gruñeron ofendidos y escuchó ruidos metálicos de espadas.

—El mercader Cuertes debe contener su lengua —observó el capitán, haciendo un ademán para acallar a sus guerreros—. Si desconoce el temple de los guerreros de Fharlon, debe callar.

—Lamento mi ignorancia. No es mi intención ofender a los bravos soldados del Gran Zhan —sonrió Daniel.

—Tenemos un caballo para usted. ¿Viene solo?

Daniel se volvió hacia la pequeña nave de desembarco y alzó un brazo, enviando al piloto la señal convenida para que partiera. El contacto con los nativos, había sido satisfactorio.

—Sí, estoy solo —respondió Daniel.

Un guerrero le aproximó un caballo y esperó ansioso hasta que el mercader hubo montado en él. Lo hizo de un ágil salto,

desilusionando a los nativos que habían confiado en vede caer.

—Adelante —gritó el capitán en medio de la tormenta, abriendo la marcha por un estrecho sendero. Apenas entraron en él cuando se escuchó el tronar de la pequeña nave al elevarse.

Cabalaron algunos minutos en silencio y poco después, los caballos apenas si podían trotar cansinamente. La estrechez del paso y la poca visibilidad no permitía una marcha rápida. Daniel adelantó su caballo hasta situarlo a la altura del de Etzen.

—¿Qué noticias hay de Khuride? —le preguntó. Etzen aprovechó una ligera parada para responder:

—Creemos que hace sus propios intentos para adelantarse a nosotros. La Bruja de la Bruma quiere establecer contacto con el exterior. Tememos que los mercaderes de Obarzum den también armas.

—No será así —dijo Cuertes—. El Gran Mercader, a quien yo represento, monopoliza el poder de todos los comerciantes de Obarzum y ha prometido su apoyo a tu rey Dhormine. Ningún otro líder de Corinha recibirá ayuda.

Los ojos de Etzen relucieron y de su barba cayó agua de la lluvia cuando se movió con brusquedad para responder:

—Ojalá sea así, extranjero.

—Naturalmente, ¿por qué no?

—Recelamos de los mercaderes. Lo lamentaréis si tratáis de engañarnos.

—No entiendo...

—El Gran Zhan le explicará más tarde. ¡Vamos!

Etzen espoleó su caballo y se lanzó al trote, sus hombres habían macheteado el cerrado paso y ahora el sendero estaba despejado. Cuertes decidió no quedarse atrás y rebasó a dos guerreros que se habían adelantado mientras que él quedó pensativo. Alcanzó pronto al capitán, pero optó por no preguntarle nada más.

La lluvia empezaba a cansar a Dan. Estaba arrepentido de no haber tomado el moderno equipo para la lluvia de la nave. Pero ya era tarde para preocuparse. Además, delante de ellos, al terminar la selva, unas luces aparecieron opacas en medio de la cortina de agua. El molesto viaje, parecía llegar a su fin.

Descendieron por una resbaladiza ladera, internándose en un enorme valle. Grandes extensiones de tierra cultivada flanqueaban

el camino. Llegaron hasta unas murallas de piedra. Centinelas fharlonitas les dieron el alto. Se identificó el capitán Etzen y se retiraron a sus refugios.

Media hora más tarde se detenían ante la entrada principal, cerrada por un macizo y negro portalón, de una fea y enorme construcción levantada sobre un monte situado en el centro del valle. Etzen gritó su nombre. Unos instantes después, la puerta les fue abierta.

Penetraron en un patio. Los caballos parecían haber olido las cuadras y relincharon nerviosos. Dan tuvo que contener el suyo, evitando ser derribado. Desmontó y entregó las bridas a un esclavo.

—Ven, extranjero —le dijo el capitán, iniciando la marcha hacia el chorreante edificio piramidal que tenían frente a ellos.

Cuertes miraba a su alrededor con curiosos ojos. Le intrigaba la extraña y primitiva civilización de aquel planeta. Entraron en una sala grande, alumbrada por numerosas antorchas fijadas en los muros. Varios guerreros montaban guardia.

—El Gran Zhan se hace vigilar bien —comentó al capitán.

Recibió un gruñido por respuesta y comprendió que el sentido del humor en Corinha dejaba bastante que desear. Etzen se detuvo delante de una puerta vigilada por dos gigantescos fharlonitas con armaduras de bronce y largas lanzas. Se volvió hacia Dan y le dijo, mientras les abrían las puertas.

—Espere aquí. Anunciaré su llegada al Gran Zhan.

Cuertes asintió y aprovechó aquel descanso para despojarse de su empapada capa, dejándola caer sobre un taburete cercano. Aquella habitación también era grande, de suelo cubierto con losas de piedra. Las columnas que sostenían la bóveda estaban talladas. Las fue recorriendo, estudiando los dibujos. Todas representaban temas bélicos, cuyos héroes eran atléticos guerreros fharlonitas. Sus enemigos estaban representados por seres horrendos, endemoniados.

En la más alejada de las columnas con respecto a la puerta por la que había desaparecido Etzen, notó algo muy, particular. El trabajo hecho sobre la piedra era reciente y el héroe representado no estaba armado con espada y escudo, sino que empuñaba un artefacto que el artista intentó esculpir como una pistola atómica.

Daniel no tuvo la menor duda que aquel hombre representado

en la granítica columna era Dhormine, y que el escultor había retratado anticipadamente como conquistador de todo Corinha, gracias a las modernas armas de la galaxia. Los enemigos que ante él huían arrojando en su desbandada fuga armas y pertrechos, eran repulsivos, casi enanos. No había sido muy considerado el artista con los hombres de Khuride, los siervos de la Gran Thaes.

Del otro lado de la columna surgió una sombra a la pálida luz de las antorchas. Unos labios dibujaron una amistosa sonrisa, a la vez que mostraban dos hileras de blancos dientes. Una voz dijo en el más puro lenguaje galáctico:

—Los caudillos no resisten la tentación de verse inmortalizados en vida, Daniel Cuertes. No esperan a morir.

Dan miró al recién llegado. Un ramalazo de inquietud cruzó su rostro. Pero fue rápidamente borrado. Recobró su aplomo y dijo:

—Es sorprendente la habilidad que posee el Orden para conocer todo lo que ocurre en cualquier lugar de la Galaxia. ¿Ha venido a darme la bienvenida, coordinador?

CAPÍTULO II

—El comodoro está furioso.

—Era de suponer —respondió Vecer Uzblan—. Tenía órdenes concretas hasta hace dos días y este brusco cambio no le habrá gustado.

—Insinuó que iba a protestar —dijo el orionita Ost, ayudante de Vecer. Impulsó su sillón hasta las máquinas situadas a su derecha.

Uzblan, sentado a otro lado de la sala, observó los movimientos de su ayudante. Los tentáculos mayores de Ost eran ideales para mantener en funcionamiento los complicados comunicadores instantáneos que les unían al Alto Mando del Orden en la Tierra.

El coordinador de Fharlon tenía sobre su mesa de trabajo el mensaje del comodoro

Q’Kuoth

, jefe de la escuadra de vigilancia en el espacio que velaba por la neutralidad de Corinha. Los términos del mensaje estaban llenos de furia mal contenida, Vecer comprendía perfectamente a

Q’Kuoth

, pero él también recibía órdenes precisas y no de cualquier departamento, sino del mismo Alto Mando. A veces, los militares, no sabían comprender el verdadero significado de la política galáctica. Un bote de desembarco había pasado por entre sus naves y él tuvo que hacerse el tonto. Esto lo había puesto fuera de sí, máxime después de haber estado tantas semanas patrullando y alejando mercaderes de poca monta que pretendían descender en el planeta.

El comodoro debió sufrir mucho imaginándose a los tripulantes del bote reírse de él por haberle burlado tan fácilmente.

—Podemos enviar un mensaje al comodoro para calmarle —dijo Ost.

—No —respondió Uzblan, moviendo negativamente la cabeza—.

No tenemos que darle ninguna explicación. Los militares me aburren por sus constantes recelos. ¿Aterrizó el bote?

—Sí. En el lugar previsto. A veinte kilómetros del Valle Real.

—¿Cuántos hombres desembarcaron?

—Uno nada más.

Vecer entornó los ojos.

—Debe ser Daniel Cuertes. Debí figurarme que iba a trabajar solo.

—¿Por qué han elegido los mercaderes de Obarzum a Dhormine Zhan en lugar de a Tecsá Thaes?

—No lo sé. Tal vez Cuertes nos dé la respuesta más adelante.

—Éste es un juego peligroso para él.

—Ya está acostumbrado al riesgo. Ha estado en peores trances.

—¿Le conocías?

—No personalmente pero he seguido de cerca su carrera.

Ost seguía manipulando en los mandos de un nutrido panel de botones y palancas. Sus finos tentáculos se movían aprisa. Unas luces parpadearon sobre ellos y el orionita dijo:

—Cuertes ya ha entrado en contacto con la patrulla que le esperaba. Se han puesto en camino hacia el Valle Real.

—Han tomado el difícil camino de la selva —asintió Vecer—. Desprecian el viejo sendero de las caravanas, que aún están llegando a los valles, pese a este tiempo infernal. No quieren encontrarse con nadie. En poco menos de dos horas estarán en el Valle Real. El Gran Zhan recibirá al terrestre de inmediato. Bien. Tenemos tiempo sobrado para llegar hasta el castillo y tener una entrevista con Cuertes antes de que éste vea a Dhormine.

—Pero la guardia...

—No entraré por la puerta. Usaré el transmisor de imágenes. Sólo Cuertes me verá.

—Si te descubren se lo dirán al Gran Zhan, quien no es demasiado tonto. Sospechará que el Centro de Acercamiento es algo más que una simple embajada cultural del Orden. Dhormine tiene ligeras nociones de la tecnología galáctica.

Uzblan, seguido por Ost, se aproximó a un rincón de la sala y manejó un aparato grande como un ataúd. Observó los computadores energéticos y se volvió hacia un armario, de donde sacó un brillante traje negro, con el que se vistió, ajustándolo a su

cuerpo como una segunda piel.

—¿Por qué todo este trabajo? —preguntó Ost—. ¿No sería más fácil pedirle al comodoro que intervenga? Pudo arrestar antes a Cuertes...

—No hubiera hablado. Cuertes estará acondicionado para no hacerlo ni con el empleo de drogas o dolores físicos. Además, cuando se quiere descubrir la madriguera de los lobeznos lo más práctico es seguir de lejos a la loba. Es un dicho terrestre, muy viejo.

—¿Esperas encontrar la madriguera y en ella a los organizadores del contrabando de armas?

—Si logramos saber dónde están conseguiremos mucho. Arruinaremos a los mercaderes y los desorganizaremos para siempre. El golpe asestado contra ellos, será contundente.

—Lo veo difícil. Son astutos y se supone que Obarzum los ampara, pues a la larga, proporcionan grandes beneficios al planeta. Llevan muchos lustros actuando en los Mundos Olvidados y hasta ahora no hemos conseguido nada contra ellos. Es más, deben poseer grandes cerebros y espías en todas partes que les dicen cuáles van a ser los planetas a punto de abrirse a la colonización para su ingreso en el Orden. Se adelantan siempre a nosotros y lo primero que hacen es depositar en el planeta en cuestión, un gran arsenal de armas para venderlas al bando militar o religioso que más les interese. Siempre obtienen luego privilegios de los nativos a cambio de la ayuda prestada.

—Alguna vez cambiará su suerte —sonrió Vecer, colocándose un casco de silicio.

—Suponemos que las armas están ya en Corinha, pero no con certeza. Los nativos están seguros de que todavía se encuentran en Obarzum.

—Ésa es la gran jugada de los mercaderes, Ost. Les hacen creer que las armas están lejos y así obtienen mayores concesiones. Incluso algunas veces, nosotros hemos caído en su trampa. Pero esta vez sabemos que están en cualquier lugar entre Khuride y Fharlon. Las trajeron poco después de instalarse los dos Centros y antes que Q'Kuoth

llegase con sus naves de guerra.

—Es estúpido todo esto. Sería muy sencillo para el Orden no dar

por válido el tratado que los mercaderes firmarán con los nativos.

Vecer Uzblan miró amistosamente a Ost. Los orionitas eran miembros activos e inteligentes del Orden, pero carecían de la imaginación y astucia de los humanos, y los de Obarzum eran humanos. Ellos cuidaban mucho de que el Gobierno de su planeta no les pusiera fuera de su ley. En realidad, muchas veces los mercaderes irritaban a Obarzum, quien empezaba a considerar las ventajas de soportarlos.

Uzblan conocía bien a Obarzum y sus habitantes, Sabía que todos no eran iguales a los mercaderes. Se había sentido a gusto allí. La gente era agradable en general, pero existía la cizaña de los desaprensivos comerciantes.

Tal vez ahora era el momento de obligar a aquella raza de comerciantes a buscarse otro sistema de vida.

—Vamos, Ost. La máquina está lista —dijo Vecer a su ayudante, echando un vistazo tranquilizador a los indicadores de energía.

Se introdujo en la estrecha cabina y ajustó el casco de silicio a los cables necesarios. Sintió a Ost e hizo la señal convenida a través de la transparente pared.

Ost asintió y bajó la palanca.

El rostro del jefe del Centro de Acercamiento en Fharlon se contrajo y luego su mirada se volvió desvaída. Tenía la rigidez de un muerto, pero estaba vivo y su alma ya se había trasladado al castillo de Dhormine Zhan, a poca distancia del Centro.

CAPÍTULO III

Era dueño y señor de vastos territorios de millones de vasallos y caudillo de un potente ejército; valiente y joven aún, de gran estatura y cierta belleza física que, indolentemente, ocultaba bajo una pequeña y cuidada barba. Se esforzaba en mantener la mirada dura y severa, como recordaba haberla visto en su padre el anterior monarca de Fharlon conquistador de los valles Dorados, situados al otro lado de los montes Juentior, que lustros antes habían pertenecido a los padres de la Bruja de a Bruma Tecsa Thaes.

Muchas pequeñas guerras y miles de muertos había sido la factura que se tuvo que abonar por la posesión de aquellos territorios lindantes con el desierto y los pantanos.

—La Gran Thaes parecía resignarse ante la pérdida de los valles Dorados. Pero Dhormine sabía que la mujer estaba reuniendo sus fuerzas, adiestrando sus guerreros y pertrechándolos para la reconquista.

Pero, pensándolo a fondo, los planes de la reina de Khuride tenían que ser forzosamente otros. Las cosas habían cambiado mucho en Corinha desde la llegada de los extranjeros.

Dhormine miró a través de los cristales de la ventana y vio al final de la ladera la extraña construcción que el Orden Imperial construyó en unas horas hacía ya mucho tiempo. Allí vivían extraños seres, no todos humanos, que se esforzaban en enseñar a los dirigentes y pueblo de Fharlon las técnicas que pronto iban a ser cosa normal en la vida cotidiana del planeta.

El Orden, empero, ponía unas extrañas condiciones.

Según las leyes de la galaxia, un planeta miembro de su organización, debía de ser el encargado de brindarles protección y enseñarles durante el tiempo necesario hasta que ellos pudieran valerse por sí mismos. A cambio, el planeta protector que resultase elegido por los líderes del mundo recién incorporado al Orden,

podrían extraer riquezas de forma controlada durante un siglo, Por supuesto, el Orden supervisaría el trabajo para evitar expoliaciones.

Y aquí entraba en acción la dificultad con la que el Orden había tropezado. En Corinha sólo existía una porción de tierra habitada y ésta estaba dividida entre dos poderosas naciones que desde hacía siglos, se disputaban la supremacía. Fharlon o Khuride debían elegir al miembro de la Galaxia que les serviría como protector.

El Orden había pedido a Dhormine y a Tecsa que se pusieran de acuerdo en breve plazo para asignar al planeta protector entre los que formaban la lista de los que se habían ofrecido. Si no llegaban a un acuerdo el Orden no tendría otra alternativa que marcharse de allí y dejar Corinha aislada durante cien años más. Entonces, nadie podría entrar o salir del planeta, según las leyes de la Galaxia.

El Orden no podía interferirse, mientras tanto, en la vida interna del planeta. Esperaba pacientemente que el plazo fijado llegase a su límite Si transcurrido éste no existía en Corinha un solo gobernante, los nativos del planeta habrían perdido su oportunidad de unirse a la Galaxia y así salir de la barbarie.

—A Khuride es imposible vencerlo en corto plazo —dijo un día Dhormine a sus generales—. Son tan fuertes como nosotros y tan bien armados sus ejércitos como los nuestros. Las fuerzas están niveladas. Pero los extranjeros tienen armas que pueden matar a distancia. Unos pocos de nuestros guerreros dotados con estos artilugios que los extranjeros llaman pistolas y fusiles, serían capaces de aniquilar las huestes de Tecsa Thaes. Entonces, yo podría proclamarme rey de Corinha antes de que finalizase el plazo impuesto por el Orden. Los extranjeros no podrían decir nada si, para conseguir el dominio completo del planeta, empleamos éstos medios, puesto que hasta nuestro ingreso en la Galaxia, no tenemos por qué someternos a sus leyes.

Pero, previamente, Dhormine había recibido una interesante propuesta de los mercaderes de Obarzum. Estos habíanle prometido el suministro de armas atómicas a cambio de nombrarles a ellos y a Obarzum protectores de Corinha. Como ciudadanos de aquel planeta, los mercaderes podrían cobrarse con creces las armas, por medio de concesiones mineras y derechos de tránsito estelar.

—Considero justo el negocio —había dicho Dhormine a sus generales—. Los mercaderes se llevarán de Corinha lo que a

nosotros nos sobra y no apreciamos.

—¿Por qué los mercaderes han elegido Fharlon y no Khuride? —preguntó suspicazmente uno de los generales.

—Dicen que prefieren tratar con un hombre y no con una mujer.

—¿Pero estás seguro, Gran Zhan, que Tecsa no ha establecido contacto con los mercaderes y otros?

—Me han dado amplias garantías de que no.

Sus palabras habían salido muy seguras de sus labios, pero en realidad, Dhormine no estaba muy convencido de la lealtad de los mercaderes. Lo poco que conocía de ellos le hacía pensar que estos hombres debían tener unos principios muy torcidos del honor si luchaban bajo la bandera del comercio de las armas.

Las negociaciones preliminares se vieron interrumpidas por el cerco armado que el Orden estableció alrededor de Corinha. Ya no les era posible a los mercaderes llegar al planeta con facilidad, pero le aseguraron antes de marchar que las armas le serían entregadas a cambio del contrato. Alguien llegaría allí para concretarlo.

—Hoy es el día —murmuró Dhormine, apartándose de la ventana y paseando a grandes zancadas por la estancia.

—¿Estás seguro de que vendrá? —le preguntó Iodon, su consejero, que estaba sentado ante una mesa repleta de comida y pellizcaba indolentemente jugosos trozos de carne asada.

—¿Por qué lo dudas? Así me lo aseguraron.

—Por varias razones, Gran Zhan. La principal de ellas es que los aparatos voladores del Orden, según nos dijo el coordinador Uzblan, están rondando como abejas los altos cielos de Corinha, impidiendo la llegada de cualquier nave mercader. Luego, tenemos este infernal tiempo, que tan poco agrada a los extranjeros. Tengo entendido que ellos dominan las condiciones climatológicas en sus mundos. No están habituados a las tormentas de lluvia.

—Tengo varios hombres al mando del capitán Etzen cerca del lugar indicado —gruñó Dhormine—. Me traerán al mercader a mi presencia. Esta misma noche saldremos de dudas.

Iodon soltó una risita fría, sin dejar de comer.

—Todavía hay algo peor que la no llegada del extranjero.

—¿Qué?

—La Gran Thaes.

—¿Insinúas una traición de los mercaderes? —preguntó

Dhormine, inclinándose amenazador sobre Iodon.

—No, exactamente, sino que la noche es propicia para burlar la vigilancia en las fronteras. Un grupo armado y decidido, es capaz de pasar por entre los adormilados centinelas y llegar hasta la selva, tender una emboscada a Etzen y raptar al extranjero... Y la reina Thaes es lo bastante astuta para imaginar un plan audaz y convencer al mercader de que ellos ganarían más entregándole las armas a Khuride en lugar de a Fharlon.

El puño derecho de Dhormine golpeó la mesa. Dijo:

—Estás desvariando, viejo. Mis soldados no duermen en las guardias y ningún bastardo soldado de esa ramera llegará a mi país.

Iodon siguió comiendo imperturbable.

—Ya falta poco para medianoche. Nos convenceremos pronto.

El Gran Zhan le dio la espalda y volvió a su observatorio en la ventana. Seguía lloviendo. A lo lejos, sobre las montañas, la tormenta era todavía más fuerte. Por allí debía llegar Etzen.

Se preguntó si el coordinador Uzblan estaba al corriente de lo que sucedía. Aquellos condenados miembros del Orden levantaron el Centro cerca de su castillo. Al principio se creyó que se trataba de un privilegio otorgado por los extranjeros a él y su reino, pero luego se enteraron, desilusionados, que junto al palacio de Tecsa existía otro edificio semejante.

La labor de los Centros era servir de información a todo cuanto los nativos quisieran saber acerca de la Galaxia. Se trataba de enseñarlos, para que asimilasen las nuevas técnicas.

Pero Dhormine intuía que tras aquellas paredes relucientes del Centro, había algo más que unos simples instructores. Los hombres del Orden que allí vivían rodeados de complicadas y centelleantes máquinas, tenían una misión más importante que la de instruirles. Eran espías, observadores. Sobre todo, aquel astuto Vecer Uzblan, quien a todos sonreía y nunca parecía sentirse ofendido cuando algún fharlonita se mofaba de su rostro sin vello o de cualquier otra cosa que encontrase en su persona poco acorde para un hombre.

Se dio cuenta de que empezaba a sentirse nervioso.

Enfurecido consigo mismo, Dhormine abrió la ventana y su rostro fue azotado por la lluvia. Pese a la inclemencia del tiempo, adelantó su cuerpo para observar el patio de armas. Su corazón sintió un vuelco cuando escuchó las fuertes pisadas de los caballos

golpear las losas del patio. Mientras, los esclavos corrían hacia los recién llegados.

Los jinetes descabalaron y corrieron a ponerse a cubierto de la lluvia. Uno no vestía como los guerreros. Era el mercader.

Triunfante, Dhormine se apartó de la ventana, cerrándola.

—El mercader llegó, pájaro de mal agüero —dijo a Iodon.

Dhormine soltó unas carcajadas y se sirvió un vaso de vino.

—Ni Tecsá ha previsto nada ni sus guerreros son capaces de pasar junto a mis centinelas.

—Pero ella desea también las armas —recordó Iodon.

—Yo sólo traté con ellos. Además no enviarían un emisario tan importante, puesto que luego podríamos utilizarlo como rehén.

—Quizá ese tipo no valga nada para sus jefes.

—No sé si eres mi consejero o... estás a favor del enemigo, gozando con atormentarme.

—Soy tu amigo, como lo fui de tu padre.

En aquel momento llamaron a la puerta. Entró Etzen, chorreando. Se inclinó y dijo respetuosamente:

—El mercader aguarda ser recibido por ti. Está en el salón de las columnas, Gran Zhan.

CAPÍTULO IV

Los doce guerreros estaban formados en el patio cubierto y cercano a las cuadras. El oficial les gritó una orden y la fila se estremeció. Las lanzas se adelantaron en señal de saludo.

Tecsa Thaes, de Khuride, caminó lentamente hasta llegar a la altura del oficial, quien la saludó. Detrás de ella venía Nurfhe, el chambelán de la corte, un anciano de penetrantes y redondos ojos, de andar arrogante. Fue antaño valeroso general del ejército.

—Los guerreros están dispuestos, Gran Thaes —dijo el oficial.

La mujer pasó por delante de la fila de guerreros lentamente, mirándolos con detenimiento. Todos eran fuertes y estaban perfectamente armados. Sus armas relucían bajo la luz de las antorchas.

—Perfecto capitán —asintió Tecsa. El oficial agradeció las palabras con una sonrisa enmarcada por su abundante barba rubia.

—Son los mejores guerreros de cuantos se ofrecieron voluntarios.

—¿Saben lo que esperamos de ellos?

—Sí, Mi Señora. Conocen los riesgos.

El bello rostro de Tecsa se ensombreció por la tristeza, pero borró con rapidez aquel indicio de debilidad en una reina. Recobró su aplomo y dijo:

—Deseo que recuerdes las instrucciones, capitán Ruen. Lo que llevas en tu cinturón, corrobora lo importante que es la misión que te confío. Esa arma que tienes ahora, es la más poderosa que existe en Corinha. No dudo en confiártela. Debes valerte de ella. Queremos que vuelvas vivo y triunfante.

—Mi Señora quedará complacida.

Varios esclavos estaban sacando de las cuadras briosos corceles cornudos. A una orden del capitán, la docena de guerreros, corrieron hacia sus monturas, saltando sobre las sillas con agilidad.

El patio se llenó de metálicas pisadas y relinchos de protesta de los animales. Un sirviente mantenía fuertemente asido por las bridas al caballo del capitán, que esperaba con respeto el permiso de su reina para ponerse al frente de sus hombres y partir.

—Los dioses han preparado esta noche para nosotros, para que podáis llegar al Valle Real de Dhormine —dijo Tecsa—. Los centinelas fronterizos podrán ser burlados con facilidad en la tormenta. Tienes dos días para llegar al valle y regresar con la misión cumplida. Las lluvias durarán por lo menos todo ese tiempo. El futuro de Khuride está en tus manos, capitán.

La recia figura del capitán se galvanizó y sus ojos llamearon.

—Mi reina quedará contenta. Sé cuán importante es esta misión.

—Puedes partir, capitán. Que los dioses os guíen. Un último saludo y el capitán saltó sobre su caballo, alzó la mano y gritó a sus hombres el sonido de guerra. La pequeña tropa se puso en marcha, saliendo del cubierto patio a la tormentosa noche.

Tecsa Thaes los vio partir. Notó la proximidad de Nurfhe y se volvió hacia él, interrogándole con los ojos.

—Me gustaría tener veinte años menos —dijo el anciano— y ser yo quien marchase al frente de esos bravos. Con gusto empuñaría de nuevo mi espada para teñirla con sangre fharlonita.

—No pregunto por tus sentimientos, Nurfhe. Quiero tu opinión.

Tecsa hizo una indicación a dos esclavos para que les fueran alumbrando el camino hasta sus habitaciones. Nurfhe caminó a su lado por los sombríos corredores silentes. La reina no le apremió a responder. Estaba acostumbrada a las largas meditaciones del anciano.

Nurfhe no habló hasta que estuvieron en las habitaciones privadas de Tecsa, en el primer piso de aquel edificio antiguo y pétreo, cercano a la frontera con Fharlon.

—Es un riesgo inevitable, Mi Señora —dijo al fin, mientras Tecsa era ayudada por sus sirvientas a desvestirse en la sala contigua. Nurfhe se había sentado sobre un enorme sillón lleno de cojines de plumas. Procedía a encender su gran pipa de barro, que por el camino había llenado de tabaco con parsimonia y deleite.

Tecsa apareció instantes más tarde. Vestía un traje largo y rojo de generoso escote. Se sentó frente al anciano.

—¿Temes que nuestros soldados sean apresados y Dhormine

rompa la tregua establecida? —preguntó Tecsá.

—Sí. Dhormine está contenido por la presencia de los extranjeros del Orden. Pero si se apodera de Ruen y ve el arma... Puede figurarse muchas cosas.

—El Gran Zhan está preparando sus mejores hombres para armarlos en el momento oportuno con pistolas y rifles atómicos —respondió Tecsá con furia—. Quiero adelantarme a él y ganar los favores de los mercaderes. Dhormine lleva mucha ventaja, pues sus contactos con los obarzumitas están muy adelantados. Las armas pueden entrar en Fharlon de un momento a otro.

El prisionero que tenemos en mi palacio es la más contundente prueba.

—¿Crees que raptando al emisario de los mercaderes las armas de destrucción a distancia serán para nosotros? —La voz de Nushé sonó a inseguridad.

—Eso nadie lo puede asegurar. Pero hay que intentarlo, ¿no? ¿Acaso hubiera sido mejor permanecer con los brazos cruzados mientras Dhormine termina de pactar con los mercaderes?

—No, desde luego; pero los viejos del Consejo tenían otro plan.

Tecsá saltó furiosa de su asiento y paseó nerviosamente por la habitación. Se detuvo frente al anciano y casi le gritó:

—Era un proyecto estúpido y ofensivo para mí. No di mi aprobación, y el Consejo actuó sin mi consentimiento.

—Se apoyaban, sin duda, en algo razonable —protestó el viejo, dando largas chupadas a su pipa—. Si el Orden pide para nuestro ingreso en la Galaxia que sólo debe existir un gobernante en Corinha que a su vez elija un planeta como protector, tu matrimonio con Dhormine hubiera sido una buena solución. Hemos estudiado las leyes del Orden y llegado a la conclusión de que, para no perder esta oportunidad, sólo existe tu unión con Dhormine o la guerra.

Ella terminó por reír. Su rabia parecía haberse disipado. Volvió a sentarse y dijo con cierta ironía:

—Sé que el Consejo se atrevió a enviar a Dhormine unos emisarios oficiosos para insinuarle el proyecto. Dhormine estuvo grosero y se rió de ellos. Dijo que él tenía mejores concubinas que yo. Por fortuna, la cosa no era oficial y mi pueblo no llegó a enterarse.

—Hubiera sido sólo un matrimonio simbólico.

—Es imposible borrar con una ceremonia artificial siglos de lucha y odio. ¿Acaso tú olvidas las heridas que han llenado tu cuerpo de cicatrices? Odias a los fharlonitas como el que más puede odiarlos.

Nusfhe bajó la mirada.

—No podría sentarme a la mesa a comer con un fharlonita —murmuró—. Tienes razón, Tecsa, pero la situación es delicada. Volvamos al asunto que te preocupa. Ahora eres tú quien actúa sin el apoyo del Consejo. Has enviado a esos guerreros a tierra enemiga sin preguntar al Consejo. ¿Les pagas con la misma moneda?

—Yo soy la reina —recordó ella.

—Pero todas tus decisiones las debes someter al criterio de los ancianos. Ellos se hubieran limitado a ponerte reparos, pero si tu decisión era terminante, no hubieran podido desautorizarte.

—Sigue.

—Tu actitud, empero, es peligrosa en los actuales momentos. El Centro de Acercamiento en Khuride ha podido enterarse de la misión encomendada al capitán Ruen.

—¿Y qué? Los extranjeros del Centro no están para juzgamos, sino para ir preparando nuestro posible ingreso en la Galaxia. ¿Acaso los de Fharlon se han inmiscuido en los proyectos de Dhormine de traer armas de Obarzum? El Orden sólo puede actuar en el espacio, no permitiendo la entrada de armas. Nada más. Ellos, los de los Centros, están aquí porque son nuestros huéspedes. Nunca un huésped se convirtió en censor de su anfitrión.

—Entonces, querida Tecsa, ¿por qué hemos venido aquí, lejos de la capital? ¿No es por huir de los extranjeros, de sus ojos?

Ella sonrió.

—Es una medida previsoras. Hay espías. Yo tengo los míos en Fharlon y Dhormine los suyos en Khuride. Mis enlaces en el castillo del Gran Zhan, me informaron de la llegada del mercader. Pero creo que los espías de Dhormine no son muy eficaces, pues estoy segura de que él no sabe que tengo un mercader en mi poder que nos proporcionó un arma atómica. Es lamentable que nuestro prisionero no hable nuestro idioma. Esperemos tener más suerte con el llamado Daniel Cuertes.

—A veces, nunca se sabe de qué bando están los espías.

—Los míos son fieles. ¿Recuerdas cuando Dhormine intentó conquistar nuestro margen del río Ghexaclon? Yo les esperé con mis guerreros y nuestra victoria fue aplastante. Desde entonces, no se atreve a cruzarlo. Para sus correrías en mi reino, utiliza otros caminos que ignoro, pero que deben ser más molestos. Esa batalla fue ganada porque uno de mis espías avisó a tiempo.

Nusfhe, envuelto en una espesa nube de humo gris se permitió enseñar sus dientes todavía fuertes y sonreír a su reina.

—Eres tan enérgica como tu padre. Es lamentable que él no tuviera ocasión de verte gobernar Khuride. Se hubiera sentido orgulloso de ti.

—Mi padre murió en combate. A veces me hubiera gustado ser hombre para poder lanzarme al combate al frente de mis guerreros.

—¿No estás contenta con ser mujer? —Nusfhe la miró de soslayo—. Perdona a este estúpido viejo. Nunca has hablado de casarte. Tienes grandes pretendientes entre los señores de las Llanuras. Cualquiera de ellos sería un buen aliado nuestro. Eres extraña, Tecsa, pues estoy seguro de que nunca has tenido un amante al menos.

—No tengo tiempo para esas cosas —replicó ella visiblemente molesta por la conversación—. Era una niña cuando fui coronada. Poco después empezaron a llegar los extranjeros. Los creímos dioses y la vida empezó a cambiar en Corinha. ¿Cómo iba a pensar en el amor?

—Para eso siempre hay tiempo —dijo Nusfhe, riendo entre dientes.

—Chambelán, si no tienes otra cosa más importante que decirme, puedes retirarte. Quiero descansar. Mañana podemos seguir hablando.

—¿Volvemos mañana a palacio?

—Aún no sé si esperar aquí el regreso del capitán Ruen.

—Muy segura estás de que volverán.

—Sí, y traerán al mercader.

—Ojalá los dioses te escuchen. Que descanses bien.

—Gracias, chambelán.

CAPÍTULO V

Daniel Cuertes estudió la figura que parecía haber surgido de la nada. Se trataba de un humano de edad indefinida. Podía tener cincuenta o cien años. Su ajustado traje negro y plata revelaba perfectamente su condición de terrestre.

—Es nuestro trabajo —respondió Vecer Uzblan a Daniel.

—Bien. Ya sabe que he llegado a Corinha. ¿Qué piensa hacer?
¿Llamar al comodoro
Q’Kuoth
para que me arreste?

—Eso no podría ser. Nuestra autoridad se limita al espacio. Usted está en un mundo olvidado que permanece al margen de la autoridad del Orden —dijo Uzblan sin salir de la sombra de la columna dedicada a Dhormine, evitando ser visto por los centinelas.

Cuerteres miró de soslayo a los guerreros, comprobando que éstos no se habían percatado de la presencia del coordinador. Como a él también le interesaba que no fuera descubierto, les volvió la espalda para que no pudieran observar el movimiento de sus labios al hablar. Pensarían que estaba admirando las esculturas de las columnas.

—¿Qué es lo que pretende el Orden? —inquirió Dan, susurrante.

—Desbaratar los planes de ustedes, por supuesto. Aunque...

—¿Qué?

—Tengo entendido que es usted el mercader Cuertes.

—¿Me conoce? .

—Sólo por las reproducciones, aunque conozco bastante su historial. Está un tanto cambiado.

—Los años pasan. Mis ocupaciones no me dan tiempo para someterme a los tratamientos de rejuvenecimiento.

—Lamentable. Dígame, Cuertes, ¿dará a Dhormine las armas?

—No le entiendo...

—Me comprende bien. Me gustaría saber si intentará ver a la Gran Thaes para comprobar si ella puede mejorar las condiciones.

Cuertes torció el gesto y sonrió.

—Me decepciona usted, coordinador. ¿Intenta hacerme creer que se ha tomado la molestia de llegar hasta aquí por el transmisor de imágenes sólo para preguntarme eso? Se arriesga mucho. Pueden verle. La presencia de los hombres del Orden, no sería bien vista entonces en el planeta. ¿Cómo explicaría que está aquí estando en otro sitio?

—Sentí grandes deseos de conocerle personalmente.

—También a mí me gustaría verle en persona y no a través de una imagen, por muy perfecta que ésta sea.

—Así he engañado incluso a muchos fharlonitas —Uzblan rió—. Me había preguntado si con usted también lograría lo mismo.

—Ya ve que no. Aunque este sistema de comunicación está reservado para los miembros del Orden, conozco sus fundamentos. ¿Qué tiene que decirme realmente, coordinador?

—Sabemos que la reina Tecs Thaes también quiere armas. ¿Existe otro grupo de mercaderes dispuesto a dárselas?

—Supongo que no —respondió Cuertes, entornando los ojos—. Normalmente, actuamos con cierta honradez en estos casos. No nos interponemos en el camino de nuestros colegas. ¿Nos cree tan locos como para ceder armas a los dos grupos antagónicos a la vez?

—Sería una estupidez.

—Exacto. Aunque le cueste trabajo admitirlo, nosotros tenemos nuestro código del honor. Un código que usted no comprendería.

—¿Cómo piensa entregar las armas a Fharlon? Usted ha tenido suerte, burlando la vigilancia de las naves del Orden. Los cargueros que traigan las armas, no serán tan afortunados.

—Eso es asunto nuestro. Las armas estarán aquí en el momento oportuno —dijo el mercader, encogiéndose de hombros.

—Algún día, Obarzum se cansará de soportarles —sentenció Uzblan.

—Lo sabemos. Por eso nos estamos apresurando a terminar nuestro último y gran negocio.

Cuertes oyó abrirse la pesada puerta a sus espaldas.

Vio salir al capitán Etzen. Miró la imagen de Vecer y le dijo:

—Nuestra conversación acaba; pero nos volveremos a ver.

—Seguro. Hasta entonces, Cuertes.

Dan vio desaparecer la imagen del coordinador. Escuchó los pasos sonoros del capitán acercarse a él. Se volvió.

—Existen grandes escultores en su patria, capitán —le dijo, indicando con un gesto las columnas.

—El Gran Zhan le espera, mercader —anunció, indicándole el camino. Cuertes asintió y empezó a caminar.

Franquearon la enorme puerta y penetraron en una estancia un poco menor que la de las columnas. Estaba alumbrada por el fuego de un hogar y adornada con ricos tapices, llenos de intrincados dibujos. Una gran ventana ocupaba casi toda una pared.

Dhormine Zhan estaba en el centro de la habitación, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en las caderas. Al fondo, tras una mesa con comida, un hombre pequeño, miró sin interés.

—Pasa, extranjero —dijo Dhormine.

—Te traigo los saludos del Gran Mercader —dijo Cuertes, en el idioma de Corinha—. Hablas bien nuestra lengua.

—La aprendí cuando supe que iba a venir aquí. Se pueden conseguir ya registros idiomáticos de tu lengua en varios planetas.

—El Centro Cultural del Orden trabaja aprisa —comentó Iodon.

—Y también los mercaderes —dijo Dhormine—. Conocía las dificultades que ibas a tener para llegar a Corinha y ordené a la escolta que te esperase varios días antes. Has sido puntual.

—Tu acogida me halaga, Gran Zhan.

—Siéntate, extranjero. Tengo entendido que tu nombre es Daniel Cuertes, ¿no?

El aludido se sentó en un taburete de madera y asintió.

—¿Una copa de buen vino de Fharlon? —ofreció Dhormine, tomando un vaso de barro y llenándolo con oscuro líquido.

—Delicioso —dijo Cuertes después de probarlo. Dhormine tomó asiento en su sillón, frente a Cuertes.

Dijo:

—Ahora tratemos de negocios, extranjero. ¿Qué noticias me traes? ¿Cuándo te dijo tu amo que yo voy a recibir las armas?

—Yo no tengo amo alguno, Dhormine —respondió Dan, torciendo el gesto con desagrado—. Soy tan dueño de mí como tú de tu persona. Si he venido a Corinha es porque soy el más capacitado para hacerla entre todos mis compañeros. Soy un

empleado, no un esclavo.

—Lo siento. No puedo conocer las costumbres del exterior.

—Dejemos eso. Tengo entendido que ya conoces nuestras condiciones. Ahora, queremos conocer las tuyas.

—¿Y las armas?

—Te serán entregadas cinco mil pistolas y dos mil rifles con carga atómica para veinticuatro horas. O sea, que cada unidad puede estar disparando sin cesar un día completo. Como esto no será así, tienes energía suficiente para conquistar Corinha entero y mantener tu autoridad hasta que el Orden te reconozca como único soberano del planeta. Ya sabes que se tratan de armas ligeras, como ésta —y señaló la que pendía de un cinturón—. Nada de armamento pesado; sólo ligero.

—Sí, conozco las armas. Cuando estuvieron aquí tus compañeros me enseñaron algunas y me permitieron disparar con ellas. Pero. ¿y las reservas? Sé que se pueden volver a cargarse.

Cuertes movió negativamente la cabeza.

—No habrá reservas, Dhormine. Te proporcionaremos las armas con una sola carga. Después, serán menos útiles que una espada.

—¿Qué es esto? ¿Estás loco, mercader? —gritó el Gran Zhan.

—Parece que el mercader te tenía reservada una sorpresa, Dhormine —cloqueó Iodon.

—Te repito que tendrás energía suficiente para apoderarte de Khuride en menos de un mes. Poco después, el Orden te reconocerá como absoluto dueño del planeta. Comprenderás que no queremos que tengas un ejército armado cuando nosotros vengamos. No ha sido a primera vez que nuestros aliados antiguos se han vuelto contra nosotros. Es una medida preventiva. Es peligroso dotar de armas atómicas a seres primitivos. Incluso puede ocurrir que tú no puedas dominar a tus guerreros luego.

Dhormine se movió inquieto, pero permaneció sentado. Su ceño, contraído, empezó a desaparecer.

—¿Qué dices a esto, Iodon? —preguntó a su consejero.

—Realmente, las personas que no son de fiar son las que confían en las demás. Si los mercaderes recelan de nosotros es porque todavía no han pensado engañarnos.

—¿Todavía?

—Sí —sonrió Iodon—. Nadie puede saber lo que decidirán

mañana.

—Está bien —dijo Dhormine, mirando de nuevo a Cuertes—. Estoy conforme. Puedo economizar cargas y hacerlas durar más tiempo. Al menos, mantendré armada mi guardia personal —y miró al capitán Etzen, que sonrió complacido.

—Lo siento, Dhormine. Espero que estimarás mi..., puedes llamarla claridad de expresión. La carga atómica de las armas, pierde su poder a los diez meses. Pero no debes preocuparte por tu guardia personal. En el contrato —Cuertes sacó un tubo metálico de su casaca, extrayendo de él unos papeles que entregó al Gran Zhan — se especifica que anualmente te serán entregadas cien cargas. Serán suficientes para tus soldados de confianza.

Dhormine empezó a estudiar los documentos y Dan le dijo:

—Como puedes comprobar, están extendidos en el idioma oficial de Corinha y en galáctico. Puedes discutirlo después con tus consejeros. Ya me dirás mañana lo que te parece. En cualquier tribunal de la Galaxia será válido, pues en él no se pondrá la fecha hasta que sea necesario. No será legal hasta que Corinha no esté en la Galaxia.

—Pensáis en todo —rezongó Dhormine, que pasó los papeles a Iodon, que procedió a leerlos detenidamente.

—Es nuestro trabajo. No engañamos, pero no queremos ser engañados.

—¿Cuándo tendré las armas?

—Digamos tres o cuatro días después de que firmes el contrato.

Dhormine miró fijamente a Cuertes. Formó una mueca con la boca.

—Bien. Pero tú no saldrás de Fharlon hasta que yo tenga las armas y compruebe su eficacia.

—Mi nave partió y no regresará hasta dentro de unas semanas —sonrió Cuertes—. Pero té aconsejo que no me consideres tu prisionero. Si yo lo deseo, no recibirás las armas. Yo puedo deshacer el trato si me apetece. Y no te preocupes. Nadie, ningún mercader, pactará con tus enemigos.

—Así lo espero —dijo Dhormine.

CAPÍTULO VI

Daniel Cuertes, dos días después de su primera entrevista con el Gran Zhan, en la soledad del aposento que le habían asignado en el castillo, recapacitaba sobre los acontecimientos.

Estaba tumbado en la cama sin desnudar. Ni se había despojado de las botas. En su bolsillo, debidamente guardado en el cilindro metálico, tenía el contrato con la firma del rey de Fharlon. Momentos antes, utilizando un transmisor, había enviado un informe.

Pensó que hasta el momento, todo estaba saliendo demasiado bien. Todo, excepto lo más importante: el asunto de las armas. Se mordió los labios. Era el único fallo de su misión. Tenía que encontrar el cargamento en pocos días. No podía seguir engañando a Dhormine.

Las armas ya estaban en Corinha, pero ni él ni nadie sabían dónde. Los mercaderes que allí las llevaron antes de empezar el bloqueo, no daban señales de vida.

Dan, con el pretexto de conocer Fharlon, una vez que las lluvias cesaron momentáneamente, recorrió el valle, mezclándose con el pueblo. Buscó incansable por aldeas y campos, preguntando. Una vez pasó por delante de la severa edificación del Centro de Acercamiento, preguntándose si Vecer tenía la clave del asunto.

En algún lugar de Corinha tenía que estar el cargamento y quizá algún superviviente del carguero que lo trajo.

Tres prudentes golpes sobre la puerta, le apartaron de sus meditaciones. Saltó de la cama y corrió el cerrojo. Un hombre, vistiendo la ropa gris de los esclavos, se inclinó respetuosamente.

—El Gran Zhan desea verte, extranjero. Te ruega que llesves contigo tu pistola.

—¿Para qué? —preguntó Cuertes, frunciendo el ceño. El esclavo se encogió de hombros.

—Yo no soy quién para saberlo, señor.

Daniel terminó sonriendo. Dhormine debía estar impaciente por ir conociendo mejor el funcionamiento de las pistolas. Tal vez todo iba a reducirse a un pequeño ejercicio de tiro al blanco.

—Un momento —dijo al esclavo.

Se acercó a su pequeña maleta y abrió el cierre, sacando la pistola junto con la funda, que se ajustó al cinturón.

—Espero que después de esto, tu señor me invitará a cenar algo mejor que lo de ayer —comentó Cuertes, pasando por delante del esclavo.

Anduvieron por los lóbregos corredores. Cuertes seguía al esclavo, quien con una antorcha, le iba alumbrando el camino.

Empezaron a bajar unas escaleras. A medida que descendían, la humedad en las paredes, iba en aumento, hasta llegar a caer en ininterrumpidas goteras.

—Nunca pasé por aquí. ¿Dónde está tu amo?

—El desea enseñarte algo muy especial, me parece.

Los escalones estaban resbaladizos. Cuertes sintió que algo tropezaba contra su bota derecha y alcanzó a ver huir una rata casi tan grande como un conejo. Sintió un escalofrío de repugnancia.

Ahora no había más luz que la de la antorcha del esclavo, quien al fin, se detuvo delante de una cerrada puerta que abrió con una llave, indicando a Dan que pasara. El terrestre empezó a recelar y, desconfiado, dijo:

—Tú primero. Esto está muy oscuro.

El esclavo no se inmutó. Penetró en la oscuridad y allí esperó a que Cuertes le siguiera.

Daniel entró lentamente e inspeccionó el lugar, encontrándose en una habitación de piedra desnuda, cuya parte frontal ofrecía la total oscuridad de tres corredores. El suelo era de tierra y había charcos de pestilente agua.

—Esto es el sótano —dijo Cuertes al esclavo. Amenazadoramente, se acercó a él y le arrebató la antorcha, que colocó sobre un corroído soporte de la pared. Dhormine nunca estaría con las ratas— siguió diciendo el mercader, tomando al esclavo por la camisa y zarandeándolo. —¿Por cuál de estos corredores tenías que llevarme? ¿Qué te propones?

El rostro del esclavo palideció, pero nada dijo.

—¿No quieres hablar? ¿Pensabas arrojarme a algún foso? Si actúas sin órdenes de Dhormine, te llevaré a su presencia, para que él te castigue, perro esclavo.

El nombre de su amo le hizo temblar, lo que indujo a Cuertes a pensar que aquello no era inspiración del rey de Fharlon. Y si no era Dhormine, ¿quién?

No estaba allí para perder el tiempo, menos en tan asqueroso lugar.

Dio un empujón al esclavo, arrojándolo al pie de las escaleras. Iba a seguir y a punto estaba de tomar de nuevo la antorcha, cuando percibió el leve rumor de unos pasos.

Se volvió con rapidez, pero ya era tarde. Los tenía encima. Seis robustos soldados se arrojaron sobre él. La lucha, en medio de la semioscuridad, ofrecía alguna ventaja a Cuertes, pero el número de sus enemigos era demasiado grande. Logró derribar a dos de ellos de sendos puñetazos, pero también empezó a recibir golpes.

Comprendió que le querían vivo. Los guerreros estaban bien armados con dagas y espadas y ninguno parecía tener la menor intención de usarlas. Recordó su pistola y forcejeó para tener una mano libre y poderla empuñar. Sabía que si lograba hacer un disparo, aunque fuera al aire, los asustaría. Unos brazos fuertes le rodearon. Lanzó unos puntapiés a ciegas y escuchó un gemido.

Entonces vio con horror, impotente, cómo uno de los guerreros extraía su espada, mientras los demás le agarraban con más fuerza. No se podía mover y veía al soldado acercarse a él, blandiendo la espada ancha y corta. El acero se alzó y cayó sobre su cabeza. Empezó a sentir un dolor agudo y penetrante. A su cerebro dejaron de llegar sensaciones y se hundió en la más completa oscuridad.

Los hombres que habían sostenido a Cuertes, aflojaron su presión y uno de ellos, se echó el inanimado cuerpo a la espalda. El esclavo volvió a entrar en la habitación. Dirigiéndose al que parecía mandar el grupo, dijo con alivio:

—Temí que no hubierais visto la luz. El extranjero ya recelaba.

El capitán Ruen soltó una risotada.

—Pues tardó bastante en darse cuenta de la trampa —dijo, y dirigiéndose a sus hombres—: Moveos, el esclavo nos indicará el camino otra vez.

Phol, el esclavo, tomó la antorcha y se adentró por el pasillo de

la derecha. Era estrecho y tuvieron que marchar en hilera. El último era el capitán, quien ahora, además de la pistola que le había confiado su reina, llevaba la del mercader. Aquella arma le intrigaba, puesto que era distinta a la otra y no sabía usarla.

Ruen pensó que pronto iban a terminar sus preocupaciones. Habían entrado en el Valle Real, apenas anochecido y no les costó mucho trabajo burlar la cansada guardia en medio de la lluvia. Llegaron hasta el pie del castillo por la parte sur, la más rocosa de las cuatro. Allí les esperaba Phol. Tuvieron que entrar por las cloacas, atravesar un patio cercano al cuerpo de guardia y luego dirigirse a los húmedos sótanos, que desde hacía siglos, estaban abandonados. Tuvieron allí que aguardar varias horas hasta que Phol les pudo llevar el mercader, mediante engaños. Ahora, sólo les quedaba volver a burlar la vigilancia y alcanzar los montes. Salvo imponderables, la misión estaba a punto de alcanzar un resonante éxito.

Dejaron atrás una sección de pasadizos que el tiempo y el agua habían arruinado. A ambos lados se abrían tenebrosas puertas que antaño fueron celdas. De ellas salía un olor nauseabundo.

—¿Queda mucho? —preguntó el capitán, impaciente al esclavo.

—Silencio —respondió éste—. Pronto saldremos al patio. Allí nos puede sorprender el relevo de la guardia.

Ascendieron por una escalera estrecha, de gastados peldaños. Llegaron hasta una cerrada puerta, que Phol entreabrió. Ruen se acercó a él. Phol aplastó contra la pared la antorcha. La llama se extinguió en un chisporroteo.

—Vosotros, ya conocéis el camino. Yo me quedo aquí.

Pueden echarme de menos —dijo Phol inquieto. Preguntó—: ¿Y el dinero?

Ruen sacó de su bolsa de viaje un paquete, que sonó metálicamente en su mano. Iba a entregarlo al esclavo, pero cambió de idea y volvió a guardarlo, diciendo:

—Antes tienes que llevamos fuera del castillo. Es lo pactado.

—Podéis salir sin mí. ¿Por qué arriesgarme yo? —protestó Phol.

El oficial khuridenita empujó al esclavo contra la pared y le escupió. Con voz colérica, dijo:

—Mis hombres y yo nos jugamos la vida sin cobrar nada más que nuestra soldada. Tú, en cambio, recibirás buenas monedas. ¿Por

qué no vas a arriesgar tu asqueroso pellejo?

—Yo no soy de Khuride, no me debo a vuestra reina.

—Por eso eres despreciable, rata. ¡Vamos, adelante! O recibirás acero en lugar de plata.

Tembloroso, mirando al capitán con espantados ojos, el esclavo terminó de abrir la puerta, después de asegurarse de que no había nadie al otro lado. Salieron y cruzaron el patio, llegando al otro extremo. Estaban a punto de alcanzar el rincón que les conduciría al exterior por una salida secreta, cuando un pelotón de guerreros de Dhormine apareció por un recoveco.

—¡Alto! ¿Quién está ahí? —gritó una voz fharlonita.

—¡Por los dioses repulsivos! —maldijo Ruen, echando mano a la pistola. Estuvo a punto de disparar con la que le entregó Tecsa, pero recordó las instrucciones de su reina. Antes tenía que apelar a todos los medios para no demostrar a sus enemigos que la tenía. Señaló a cuatro de sus hombres para que se enfrentaran a la tropa enemiga.

Los guerreros elegidos apretaron sus espaldas y se lanzaron profiriendo alaridos contra el pelotón, que se vio sorprendido ante la inusitada violencia del ataque.

—Vámonos de aquí —apremió Ruen a sus hombres. El oficial echó una última mirada a los guerreros que estaban conteniendo el avance de los hombres de Dhormine. Sobre la muralla, empezó a sonar un gong. Pronto, la alarma iba a cundir en el castillo.

Se lanzaron atropelladamente hacia la salida secreta que antes fue utilizada para entrar, y que no era otra cosa que una grieta en el muro que conducía a las cloacas. Apenas tardaron diez minutos en cruzar aquel dédalo de pestilentes corredores. Los fugitivos ascendieron por una resbalosa rampa y salieron al exterior. Recibieron la lluvia en sus rostros con alivio.

El mal tiempo se había recrudecido, después de unas horas de ligera calma. Bajo la luz de los relámpagos, corrieron por entre las rocas, ladera abajo, hasta llegar junto al grupo de caballos que relinchaban asustados. Allí esperaban los demás guerreros, que se apresuraron a desatar las bridas. Uno de ellos tomó a Cuertes, que empezaba a dar señales de mejora, y lo colocó sobre un caballo, pasando unas cuerdas alrededor de su cuerpo.

—¡Vamos, no perdamos más tiempo! —gritó Ruen—. Pronto todo el valle estará lleno de soldados.

—Tienes que llevarme contigo, oficial —gimoteó el esclavo—. Ya no puedo volver al castillo. ¡Dame mi dinero!

Ruen miro a Phol, pensando si no sería mejor cortarle la cabeza y quedarse él con el dinero. Pero su reina le había ordenado que tenía que pagar al espía. Arrojó el paquete de monedas y Phol lo cogió en el aire, pero a su contacto pareció recibir una sacudida que le hizo soltarlo. Las monedas cayeron al fango y Phol se desplomó con una larga flecha clavada en la espalda.

De entre los árboles surgieron varios arqueros fharlonitas y Ruen no lo pensó más. Empuñó la pistola y del cañón de ésta, partió un rayo tan fuerte como los de la tormenta. Tres fharlonitas quedaron envueltos en el haz luminoso y ardieron como antorchas bien engrasadas. El resto quedó un instante paralizado por la sorpresa. Luego, después de arrojar las armas, huyeron aterrorizados.

Ruen gritó a sus hombres que se pusieran en marcha. Tenían que aprovechar el desconcierto. El grupo se lanzó en medio de la tormenta a frenético galope. Cuertes, recuperado un tanto el conocimiento, había visto cómo Ruen se libró de sus enemigos. Pensó que se trataba de su pistola, pero luego la vio en el cinturón de Ruen. La que había funcionado era de un modelo pequeño, casi un juguete.

Mascullando imprecaciones a cada salto que daba el caballo en su frenética carrera, Daniel trataba de ordenar en su cerebro las últimas experiencias. Aquellos hombres, pensó, eran de Khuride. No se sintió intranquilo ante ello. Se alegraba. Al fin encontraba una pista adecuada que podía conducirle a un satisfactorio final en su misión.

Nunca hubiera encontrado las armas en Fharlon. Los indicios que podían llevarle hasta ellas estaban, aunque Tecsa Thaes lo ignorase, en Khuride.

CAPÍTULO VII

Vecer Uzblan miró a su colega del Centro de Khuride.

Era un vegano de raza reptil de dos metros de altura y piel escamosa, color verde brillante con reflejos amarillos. Se llamaba en su mundo nativo de una forma impronunciable para las gargantas humanas, por lo que en el registro del Orden tenía asignado un número que siempre era de fácil traducción en cualquier idioma.

La entrevista se desarrollaba por medio del video y el rostro del vegano, dentro de la cristalina esfera reproductora, ofrecía tantos visos de realidad, que Uzblan estaba seguro de poder palparlo si su mano hubiera podido traspasar la transparente bola.

—Y bien,

LK-876

, ¿qué has logrado saber?

—La Gran Thaes acaba de regresar —la voz de

LK-876

era metálica—. Como suponías, Tecsá ha traído consigo un extranjero humano. Eligió las primeras horas de la madrugada para atravesar la ciudad y refugiarse en su palacio. Algunos guerreros de su escolta estaban heridos. Parecían haber recorrido muchas millas. En mi informe anterior te dije que ignoraba adónde había ido cuando marchó de aquí, pero he podido deducir que permaneció unos días en la frontera con Fharlon.

—Cotejemos fechas, LK. El rapto se produjo hace tres días y el extranjero llegó hace seis. ¿Cuándo partió Tecsá hacia la frontera?

—Hace diez días. Tengo entendido en la corte, nada sabían.

—Eso concuerda. Mi hipótesis es que ella supo de la llegada del mercader y se propuso raptarle. Este incidente puede precipitar la crisis actual. El conflicto puede estallar con armas convencionales. Pero esto sería tan malo como si lo hicieran con armas atómicas.

LK tomó unos papeles, los consultó y dijo:

—El Orden está reconsiderando la posible entrada de Corinha. Si fracasamos en nuestra misión, además de conseguir una mala nota en nuestra hoja de servicios, retrasaremos durante siglos el ingreso de estos nativos en la civilización. El Orden no parece estar dispuesto a esperar a que se cumpla el plazo para que los nativos se pongan de acuerdo y elijan el planeta que ha de ser su protector. En cualquier momento nos pueden ordenar que nos marchemos.

—Éste sería nuestro primer fracaso —Vecer sonrió tristemente—. Pero todavía nos quedan varias bazas que jugar, LK. ¿Sabes ya algo de la personalidad del prisionero que guarda en secreto Tecsa Thaes?

—Poco. Únicamente averigüé que éste llevaba una pequeña pistola atómica cuando lo encontraron los soldados de Tecsa. Con ella se estuvieron entrenando varios oficiales de confianza.

—Tengo entendido que los guerreros de Dhormine fueron puestos en fuga la otra noche gracias a los disparos de un arma atómica. Al principio creí que se trataba de la de Daniel Cuertes, aunque lo dudaba, pues ya la vi en su cinturón y es de un modelo muy avanzado, de difícil manejo para un ser primitivo.

—Tengo el proyecto de introducirme esta noche o mañana en el palacio de Tecsa —dijo LK—. Lo haré con el transmisor de imágenes. Intentaré descubrir el paradero del prisionero y su identidad.

—No debes correr riesgos.

—Descuida. Me limitaré a hacer pequeñas incursiones de unos segundos hasta conseguir las coordenadas del lugar donde está encerrado. ¿Qué noticias hay del comodoro

Q’Kuoth

?

—Al fin desistió de pedir instrucciones al Orden. Pude convencerle de que ha sido el Alto Mando quien quiso que el mercader llegase a Corinha.

Q’Kuoth

dijo que la nave de la que partió el bote de desembarco de Cuertes, sigue orbitando Corinha a una distancia que la pone a salvo de cualquier intervención suya. Estoy seguro de que si el comodoro pudiera, ya la habría abordado. Dice que no sabe de dónde procede con certeza. Tiene matrícula lirana, al parecer.

—¿Algo más, Uzblan? —preguntó LK. Al responder negativamente Vecer, agregó—: Te llamaré mañana a primera hora para informarte de lo que consiga en el palacio de Tecsa.

—Suerte, LK.

Uzblan quedó se pensativo hasta unos minutos después que de la esfera desapareció el rostro del vegano. No podía quedar la menor duda de que el mercader no había comunicado aún a Dhormine dónde tenía almacenadas las armas, pues en caso contrario, el rey de Fharlon no estaría tan furioso por el rapto de su huésped. Tecsa había sido oportuna, ordenando la captura de Cuertes antes de que éste entregara a su enemigo las armas.

Ahora Dhormine, pensando que el grupo raptor aún estuviera en su territorio, no cesaba de lanzar en su búsqueda patrullas. Incluso había enviado destacamentos a los desiertos y las Ciénagas, pensando que por allí podían haber huido.

Todo empezaba a resultar más nítido para Uzblan, excepto en un punto. Según fundados informes, el cargamento de armas había llegado a Corinha unos días antes de que el comodoro rodeara el planeta con su flota. Los mercaderes habían llegado, pero no marchado. El carguero que transportaba las armas había sufrido un accidente, el cual fue localizado por LK en la zona pantanosa, entre los dos reinos.

LK encontró alrededor de la nave mercader algunos hombres muertos a lanzazos. Los indicios hacían creer que tribus de las Ciénagas habían dado muerte a los mercaderes, llevándose éstos a la muerte el secreto del lugar donde habían ocultado las armas para Dhormine.

La cuestión era averiguar ahora si los mercaderes habían tenido tiempo o no de comunicar a sus colegas la posición en que se encontraban las armas. ¿Lo sabía Cuertes? Éste debió pedir un plazo a Dhormine una vez firmado el contrato, quizá para ganar tiempo y hacer sus investigaciones. En este caso, la posición en Fharlon del mercader no era muy segura. Dhormine podía sospechar que le quería engañar y, llevado de su furia, dar muerte a Cuertes si la entrega de las armas se demoraba demasiado.

Pero surgía la presencia de aquel enigmático prisionero de Tecsa. La reina lo tenía en su poder desde unos días después que su compañero LK descubriera en las Ciénagas, desde el aire, el

abandonado carguero mercader. Si se trataba del único superviviente de los mercaderes, Cuertes debía estar buscándole. Y ahora, sin proponérselo, lo iba a encontrar. Quizá Tecsa nunca había sospechado que su prisionero fuese tan valioso.

Pero estaba formulándose conjeturas que podían hacerle caer en errores de bulto si hacía demasiado caso de ellas.

Ost había entrado en la sala. Uzblan estaba acostumbrado a sus reacciones. Comprendió que su ayudante traía noticias.

—¿Qué ocurre, Ost? —preguntó.

—Estuve en el poblado. Al parecer se ha corrido el rumor de que Tecsa Thaes ha enviado guerreros de Khuride, apoyados por miembros del Orden. Los ánimos están alborotados.

—Es lógico que supongan eso —asintió Vecer—. Los guerreros khuridenitas estaban armados con pistolas atómicas. Una el menos. ¿Y Dhormine?

—Sigue en su castillo, como una fiera enjaulada.

—Todo el día he estado esperando su visita o, al menos, un mensaje suyo para que vaya a visitarle. Puede querer mi consejo...

—Dhormine ya debe haber adoptado una decisión, Vecer. Ha llamado a sus generales y enviado aviso a sus campamentos para acuartelar las tropas. Todos esperan su señal para marchar contra Khuride.

—Un acto tal de barbarie puede decidir al Orden a abandonar Corinha —comentó con pesadumbre Vecer—. Tenemos que hacer algo. Ten preparada nuestra nave de exploración, Ost. Creo que pronto tendré necesidad de hacer un viaje.

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—A Khuride, por supuesto, a presentar mis respetos a la Gran Thaes.

CAPÍTULO VIII

Daniel Cuertes miró en torno suyo. Estaba seguro de que los fharlonitas debían tener alguna razón más fundada que el simple aspecto físico y la edad para llamar a Tecsa Thaes Bruja de la Bruma. Sintió un sudor frío el pensar que tal vez ese apodo, la bella y joven reina se lo había ganado a causa de su crueldad. Al menos, desde que habían llegado a Khuride, a la capital, Tecsa se había mostrado ante él como un ser bastante civilizado, con grandes cualidades como gobernante. Sus vasallos parecían obedecerla ciegamente.

La primera vez que la vio fue en aquella casa-fortaleza apenas cruzaron la frontera con más de cien fharlonitas pisándoles los talones. Había esperado encontrarse frente a una mujer fea, vieja, sucia y apestosa y rodeada por una corte viciosa. Por el contrario, Tecsa era joven, hermosa y poseedora de una espléndida figura. En aquella ocasión, ella apenas si le dirigió una mirada curiosa. En seguida, partieron hacia el interior del país. Las lluvias habían vuelto a cesar y la marcha fue bastante rápida.

Ahora se encontraba en el palacio de la reina. Tenía las manos encadenadas y estaba vigilado por media docena de soldados. Se le había ofrecido una butaca de madera que cogió con agrado, pues su cansancio era grande. Frente a él, también sentada, pero en un sillón más cómodo y repleto de cojines de plumas, Tecsa Thaes le miraba fijamente. A su lado estaba un anciano que fumaba una enorme pipa de barro.

Pese a la feminidad que se desprendía de la frágil figura de Tecsa, ésta irradiaba una voluntad de hierro y una inteligencia fuera de lo corriente, suficiente para gobernar con eficacia un pueblo medieval e ignorante.

—No todos los extranjeros de los Centros en Fharlon y Khuride son humanos —decía el anciano de la pipa de barro—. Entre ellos,

los hay monstruosos y repulsivos. Empero, hasta los mercaderes se asemejan a nosotros. ¿No es curioso, Tecsa?

Daniel se galvanizó ante aquellas palabras. Agudizó su oído y esperó la respuesta de la Gran Thaes.

—Casi todos los mercaderes proceden de un planeta situado al otro extremo de lo que ellos llaman Galaxia —dijo ésta—. Se llama Obarzum y sus habitantes son iguales que nosotros —se dirigió a Cuertes y le preguntó—: ¿No es cierto, extranjero?

Cuertes sonrió complacido, porque la reina demostraba al hablar, que era refinada y poseedora de buena educación.

Nusfhe se acarició su nivea barba. Sus ojos retrocedieron en el oscuro pasado de Corinha y dijo:

—Según las crónicas aquí vivió una raza de seres parecidos a nosotros que tenían la piel gris. Fueron exterminados hace siglos por nuestros antepasados. Al menos, así se cree. Pero afirman que existen aún en las Ciénagas esos raros hombres. Por lo tanto, no debemos extrañarnos que de las estrellas procedan seres distintos a nosotros, mi reina.

—El otro mercader aseguró por señas que fue atacado por los hombres grises —dijo Tecsa.

—Puede que tenga razón, aunque entonces deliraba a causa de la fiebre. Nosotros apenas conocemos esos terrenos.

—¿A qué mercader se refieren? —preguntó Cuertes de súbito.

Tecsa y Nusfhe se miraron con recelo. Fue la mujer quien dijo:

—Tenemos en nuestro poder a un compañero tuyo. Lo recogieron mis hombres cerca de las Ciénagas. Estaba muy enfermo y deliraba en lengua desconocida para nosotros. Pero ya está curado.

—¿Era de él la pistola que tenía el oficial que me secuestró?

La mujer cruzó una silenciosa mirada con su chambelán...

—Sí —respondió al cabo—. Era de él.

—Y ahora, con la pistola que me habéis robado, ya tenéis dos armas atómicas. Tu ejército, Gran Thaes, está mejor armado actualmente que el de Dhormine. ¿Qué más deseas de mí?

—Necesito las armas que están destinadas al Gran Zhan —dijo Tecsa.

—No tengo más.

—Tú no, pero sí puedes proporcionarnos una buena cantidad —

intervino Nurfhe.

—Estáis equivocados.

—Has venido de muy lejos para ofrecer armas a Dhormine. ¿Qué te da él que nosotros no podamos mejorar? Seremos más generosos.

Daniel sonrió de nuevo. Su mirada era intensa y parecía palpar físicamente el cuerpo de la mujer. Ésta se percató de la insistente observación. Sus ojos se encontraron con los del mercader y durante unos segundos, ambos sostuvieron desafiantes el duelo visual. Luego, nerviosa, la reina apartó la mirada. Se levantó y dijo al chambelán:

—Creo, Nurfhe, que esta conversación debe seguir en privado con el extranjero. Condúcelo a mis dependencias particulares.

El chambelán pareció turbado y lleno de desconcierto a la vez.

—No es prudente, Tecsa. Aunque esté encadenado. Ella se volvió furiosa al verse contradicha en sus deseos.

—Haz lo que te diga, chambelán. Voy a tratar con un ser civilizado, con un ciudadano de la Galaxia. No lo olvides.

El anciano se inclinó respetuoso y Tecsa salió por una puerta lateral. Entonces, Nurfhe se volvió al prisionero y le dijo:

—Sígueme.

Cuertes se puso en pie y caminó trabajosamente a causa de las cadenas, en pos del anciano.

Nurfhe introdujo a Dan en una estancia ricamente decorada con tapices, alfombras y muebles toscos, pero de buen gusto y esmerada elaboración. Allí ya les esperaba Tecsa, en el centro y de pie, orgullosa y distante para el extranjero. El chambelán se retiró de espaldas a la salida y cerró la puerta tras él.

El mercader avanzó lentamente hacia la reina. Las cadenas sonaban metálicamente a cada paso que daba, arrollando a su paso una bella alfombra. Tecsa le lanzó al aire algo, al tiempo que decía:

—Te molestan los hierros. Quítate los.

Dan tomó entre sus manos una pequeña llave y se agachó para quitarse las cadenas. Luego, sosteniéndolas, adelantó un nuevo paso y terminó arrojándolas a un rincón.

—Reconozco que me sentía incómodo con tal lastre —dijo.

—Ahora hablemos de negocios —apremió Tecsa.

—Será difícil para mí, porque sólo estoy acostumbrado a discutir estos áridos temas con seres de toda clase de catadura, no con una

bella dama, y reina además.

—Olvida eso. Necesito las armas que ibas a dar a Dhormine.

—Llegas un poco tarde. El acuerdo entre Dhormine y el grupo que represento, fue formalizado.

—Lo sé. Tengo el contrato firmado por Dhormine.

Está redactado en lengua de Corinha y en otra desconocida para mí.

—Sí, en idioma oficial de la Galaxia. Únicamente así puede ser válido en los tribunales de la Galaxia.

—En el contrato se da por supuesto que Dhormine es el único gobernante de Corinha, lo que le confiere el poder de elegir el planeta protector durante cien años. ¿Qué ocurrirá si Dhormine no pudiera demostrar al Orden que él posee el dominio de Corinha, pese a su poder en armas atómicas?

—No tendría validez el contrato.

—Entonces, ¿cómo pagaría Dhormine a los mercaderes?

—De ninguna manera. Éste es el riesgo que corremos. Pero es seguro que Dhormine será dueño del planeta con las armas.

Tecsa se paseó por la estancia. Se detuvo y preguntó:

—¿Por qué eligieron a Dhormine? Cuertes se encogió de hombros.

—Yo no intervine en las negociaciones preliminares.

Quizá pensaron que se entenderían mejor con un hombre que con una mujer, o que les pareció más fuerte Fharlon.

—Eso es una estupidez. Khuride es tan poderoso como Fharlon, pero yo puedo prometer a los mercaderes mejor pago que Dhormine.

El mercader estalló en carcajadas, ante el asombro de Tecsa.

—¿Qué le produce esa risa? —inquirió.

—Seguro que tú podrías darme mejor pago que Dhormine, él es un hombre y tú... una mujer hermosa, deseable.

—¿Qué insinúas? —preguntó Tecsa, empezando a enfurecerse.

—¡Oh, nada! Olvídalo. Decías...

La mujer tuvo que aguardar unos segundos para recuperar su normal respiración. Aquel mercader empezaba a desconcertarla. Hablaba bien el idioma de Corinha, pero empleaba conceptos poco usuales.

—Repito que yo y mi reino podemos dar, multiplicado por diez

lo que haya ofrecido Fharlon.

—No sabes cuánto lo siento —dijo con aparente pesar Dan—. Pero pese a que los mercaderes estamos considerados como gente capaces de vender su propio padre al mejor postor, tenemos nuestro código del honor, que nos impide engañar a un cliente. Y Dhormine ya lo es.

—¿No quieres negociar con nosotros?

—De forma tajante, no lo aseguraría aún —respondió cauteloso.

—Tengo el contrato en mi poder —dijo ella, en tono triunfante.

—Dhormine firmaría otro si se lo pidiera.

—Eso es. Lo firmaría si pudieras pedírselo. ¿Acaso crees que podrás salir de Khuride?

—¿Piensas retenerme prisionero en una sucia mazmorra como a mi colega?

—Tu compañero no está inhumanamente instalado —protestó ella—. Le encontramos medio muerto de miedo y de hambre y lo curamos.

—Sí. Hicisteis eso para después interrogarlo, para obligarlo a hablar por medio de torturas —dijo Cuertes agriamente.

Ella miró asombrada al mercader.

—¿Cómo iba a poder hacerle hablar, si no conoce nuestro idioma?

Interiormente, Cuertes se sintió mejor, aliviado. El prisionero no hablaba el corinhiano. Los triunfos estaban de su parte.

—Está bien —dijo después de unos segundos—. Te prometo, Tecsa, que consideraré tu propuesta. Pero debes darme algún tiempo.

El rostro de la joven se iluminó. Contenta, asintió:

—Bien. Tienes dos días, mientras tanto, serás mi huésped.

—Antes de darte una respuesta, deseo ver a mi colega.

—Comprendo. Le verás mañana. Es tarde y estarás cansado del viaje. Ordenaré que te lleven a una habitación.

—¿No puedo ver al otro mercader ahora mismo? ¿Acaso tienes que sacarlo de la sala de torturas y prepararlo para que yo le vea rodeado de comodidades y sanado de sus heridas? —ironizó Cuertes.

—Eres odioso, mercader —Tecsa resopló. Terminó por reír, comprendiendo, y agregó—: Pero me agrada tu forma de ser. Te

aseguro que tu compañero está bien. Le verás mañana. ¿No te basta mi palabra?

—Me sobra —dijo Dan galantemente.

CAPÍTULO IX

Cuertes había temido encontrar al mercader en peor estado. Aquel hombre debía tener una fortaleza fuera de lo corriente para reponerse en forma tan rápida de las vicisitudes pasadas con los medios primitivos que utilizaron en él los médicos de la corte. Según dijo Tecsa, debió estar perdido en las Ciénagas durante cerca de un mes. Los mismos khuridenitas no se explicaban cómo había podido sobrevivir. Daniel había sonreído ante esto. Un hombre medianamente inteligente y no muy cobarde, con una pistola atómica, aunque de modelo ceremonial, bien podía sentirse seguro en una región poco hospitalaria, si al caer la noche, buscaba un refugio seguro para descansar.

Apenas había anochecido cuando un sirviente y el oficial Ruen, llegaron para despertarle. Dan se levantó y sonrió a Ruen.

—No le guardo rencor, oficial —dijo, mientras se vestía.

—Lo celebro, extranjero —respondió Ruen, complacido.

—¿Lo celebras? —inquirió Cuertes, tomando una delicada copa de cristal tallado que le ofrecía el oficial.

—Te admiro, mercader. Luchaste contra nosotros con bravura. Nos costó trabajo reducirte. Yo tuve que golpearte con el plano de mi espada. Pero quisiera preguntarte algo. Me desconcertaste.

—¿De qué se trata?

—Estábamos a punto de alcanzar la frontera cuando los guerreros de Dhormine casi nos alcanzan por sorpresa. Pese a mi pistola, lo hubiéramos pasado mal de no haber sido por tu grito de aviso. ¿Por qué nos avisaste? Parecías huir con nosotros.

—Pensé que podía haber muerto si entablabais combate —respondió Daniel, saliendo del dormitorio.

El prisionero estaba instalado en el piso superior.

Cuertes tomó buena nota del camino que recorrieron. La estancia era tan buena como la suya y las comodidades; teniendo en

cuenta el grado de civilización de Corinha, aceptables.

Dan había pedido a Ruen que le dejara hablar a solas con su colega. El oficial vaciló, pero terminó por ceder.

Así pudo Daniel enfrentarse sin testigos con una situación que se le antojaba harto difícil, pero que iba a ser de vital importancia.

El prisionero había levantado la cabeza al oírle entrar. Se trataba de un obarzumita... En su rostro delgado y rubio, aún se notaban los rastros de las penurias pasadas en las Ciénagas. Al levantarse, Cuertes, pudo comprobar que era alto y robusto.

—¿Qué demonios pasa ahora? —farfulló el mercader agriamente.

—Cálmate, compañero —dijo Cuertes.

—¿Eh? ¿Hablas mi idioma? ¿Quién eres?

—Soy mercader, como tú —dijo, tendiéndole la diestra—. ¿Cómo te llamas? No te conozco, aunque sé que eres uno de los nuestros.

—Melvin Omist. Pero... Un momento —no hizo caso de la abierta mano de Dan y agregó—: Antes tengo que asegurarme que eres de verdad un mercader y no un asqueroso miembro del Orden. Dime los signos.

Cuertes asintió y mostró sus dos manos con los dedos entrelazados de forma conveniente. Omist liberóse de la tensión y terminó apretando con fuerza la mano de Dan.

—¿Quién temías que pudiera ser? —preguntó Cuertes, sonriente.

—Ya te lo dije. Algún humano del Orden.

—¿Cómo consiente el coordinador que Tecsa te tenga prisionero?

—El Orden no tiene ninguna autoridad para sacarme de aquí.

—No pareces un prisionero. Tecsa me aseguró que te han tratado como a un huésped. Te rescataron de las Ciénagas y te curaron, ¿no?

Omist se encogió de hombros y se sentó cerca de la ventana, protegida por gruesos barrotes de hierro.

—Fíjate en esto —y tocó los barrotes—. Me tratan lo mejor que pueden, es cierto, pero no soy libre. ¿Tú también eres prisionero?

Cuertes asintió. Tenía que pensar aprisa. Sus palabras las tenía que medir una y otra vez, antes de pronunciarlas. Si cometía algún fallo, Omist recelaría de él y se volvería a encontrar en el mismo

sitio, lleno de oscuridad e ignorancia que cuando llegó.

—¿Qué pasará entonces? ¿Quiénes más han venido contigo?

—Estoy trabajando solo. Con una nave pequeña, pude burlar el cerco del Orden. Una flota vigila el planeta desde hace algún tiempo, después de que vosotros llegasteis. No recibimos mensaje alguno vuestro y pensamos que algo anormal estaba ocurriendo. ¿Qué pasó, Omist?

—Aterrizamos por equivocación en un lugar infernal —dijo Omist—. El estúpido del piloto no utilizó los estabilizadores y la nave cayó de costado. Quedó destrozada. Los equipos de comunicación quedaron inservibles. Sacamos el cargamento y, después de duras jornadas, encontramos un lugar ideal para ocultarlo. Cuando regresamos a la nave, esos condenados salvajes grises, cayeron sobre nosotros sin darnos tiempo a defendernos.

—¿Tenían la piel gris los hombres que os atacaron?

—Sí —gruñó Omist—. ¿Qué importa eso ahora?

—Creo que nada. Continúa.

—Sólo el cocinero y yo logramos escapar, pero murió dos días después. Tuvimos que abandonar comida, equipos y armas ligeras. Sólo tenía una pistola de ceremonia. Gracias a ella, pude librarme de las alimañas que me salieron al paso. Estuve perdido varios días, hasta que no pude más y caí al suelo sin sentido... ¡Eh! ¿De qué te ríes?

—De que los nativos de este planeta se disputan la adquisición de nuestras armas y seguro que en estos momentos, los salvajes de las Ciénagas, las tienen usándolas como adornos.

—Nadie puede llegar hasta ellas —gruñó Omist—. Ahora debes contarme tu historia. ¿Qué pasó? ¿Qué decidió a Granmer a enviarte?

—Ya te he dicho que al no recibir noticias vuestras, Granmer me envió para entregar las armas a Dhormine y recoger el contrato.

Melvin miró a Dan escrutadoramente.

—¿Qué ocurre? ¿No me crees? —inquirió Cuertes.

—No mucho, la verdad —respondió lentamente Omist.

—No me convence tu historia. Aún no me has dicho tu nombre.

Dan estaba preparado para aquel momento y respondió:

—Me llamo Daniel Cuertes. Supongo que habrás oído hablar de mí.

Omist miró fijamente a Dan a los ojos. Su expresión se iluminó.

—¡Vaya! Debí figurarme que no iban a mandar a un tipo vulgar a este asunto, en el que los jefes están trabajando desde hace tiempo.

Los dos hombres rompieron en carcajadas. Melvin dio unos golpecitos en la espalda de Dan.

—Siempre oí hablar de ti, Daniel. Estás un poco cambiado, ¿eh? Vi tus fotos en la oficina hace unos meses, cuando arreglaste aquel complicado asunto de

Andrómeda III

·
—No fue en

Andrómeda III

, sino en

Canopus XI

—corrigió Cuertes, pensando si el error de Omist no era deliberado.

—Exacto —convino Omist—. Ahora, contigo aquí, estoy seguro de que todo saldrá bien, a pedir de boca, ¿qué planes tienes?

—Reconozco que ninguno. El asunto es difícil. Los jefes y Granmer me dijeron: Cuertes, ve a Corinha. Allí tenemos un cargamento de armas que vale muchos millones de créditos. No sabemos dónde está. Busca a los supervivientes del carguero y averígualo. Luego, formaliza con Dhormine el contrato, y espera allí hasta que Corinha sea admitida en la Galaxia y elija a Obarzum como protectora, o hasta que la nave pueda entrar a recogerte otra vez. Como ves, Omist, la misión no podía ser más oscura, por lo que decidí reunirme con Dhormine en la fecha prevista anteriormente y ganar tiempo hasta hacer mis averiguaciones.

»Lo cierto es que no sabía por dónde empezar. En Fharlon no hallé pista alguna. El oficial que mandaba el grupo que me raptó estaba armado con una pistola de ceremonia. Cuando hice este descubrimiento, decidí no ofrecer resistencia y dejarme conducir hasta aquí.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó ceñudo Omist, cruzando los brazos.

—Tecsá quiere las armas. Sabe que yo puedo proporcionárselas. Nos tiene en su poder y tendremos que ceder, no veo otra salida.

—¿Estás loco? Granmer quiere que el trato se haga con

Dhormine. ¿Conservas aún tu comunicador individual? Podemos pedir ayuda.

—Lo perdí por el camino. Calculo que Dhormine no tardará en lanzarse con su ejército sobre Khuride. Debe saber que corre el peligro de que Tecsa se adueñe de las armas, porque desconfía de nuestra lealtad. Trataremos de ganar la confianza de la reina y huiremos en el momento oportuno. Tú me dirás el lugar donde se encuentra el cargamento y yo me ocuparé de que sea Dhormine quien lo reciba.

Omist movió dubitativamente la cabeza.

—Es muy burdo el plan, pero reconozco que no hay otro. Esa perra, nos tiene en sus manos.

—Todo saldrá bien. Lo importante es apoderarnos de las armas. Con la ayuda de los hombres de Tecsa, las llevaremos hasta un lugar donde Dhormine pueda encontrarnos.

—¿Cómo te comunicarás con él?

—Eso es cuenta mía. Dime dónde está el cargamento.

Cuertes se quitó el cinturón y de él extrajo una fina hoja de plástico, que una vez desdoblada, era un detallado mapa del continente. Con un visor de aumento, Omist, después de estudiarlo, señaló un punto.

—Esto queda a unos veinte kilómetros dentro de las Ciénagas —dijo Dan—, justo entre los dos reinos, a unos seis jornadas de aquí. Estupendo. Diremos a la reina que el cargamento no está completo, que se hicieron dos depósitos. Con este ardid, los llevaremos hasta el territorio de Dhormine.

—¿Cuál será luego nuestro siguiente paso?

—Diré a Tecsa que accedemos a entregarle las armas. La haré firmar un contrato para darle más verosimilitud al asunto.

Fuertes gritos se escucharon desde el otro lado de la puerta. Los dos hombres brincaron de sus asientos y corrieron a la salida. Se asomaron al pasillo y vieron a varios guerreros correr de un lado para otro. Estaban armados y tenían la mirada llena de terror. Cuertes cogió a uno por el brazo y le preguntó:

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está el oficial Ruen? El khuridenita se desprendió de la mano de Dan y reemprendió su carrera, lanzando gritos guturales.

Entonces apareció Ruen. Tenía el rostro descompuesto y la

respiración agitada. Dijo:

—Que tu compañero regrese dentro del cuarto, extranjero.

Cuertes se colocó delante de Omist, calmando con un gesto la agresividad del oficial, quien con su espada, apuntaba a los mercaderes.

—Quieto, Ruen. No creo que a Tecsa le guste que sus futuros aliados sean maltratados. Deseamos verla ahora. ¿Qué pasa?

—Algunos esclavos y guerreros, juran que han visto un fantasma. Era un ser monstruoso, que aparecía y se esfumaba con rapidez —barbotó Ruen, envainando su espada—. Los mataría a todos si no fuera porque yo también lo he visto, por los dioses coléricos.

Cuertes cruzó una mirada con Omist.

—¿Quiénes son los miembros del Centro de Acercamiento en Khuride? —le preguntó en lengua galáctica.

—No los vi nunca —respondió Omist—. ¿Por qué lo preguntas?

—En el castillo de Dhormine tuve una entrevista con Vecer Uzblan, el coordinador de Fharlon. Sabía mi llegada y apareció cuando estaba solo. Fue más inteligente que su colega de aquí, pues éste, se ha dejado ver.

—¿Qué buscaría?

—Seguramente a ti, o si yo estaba en el palacio. Deben sospechar que Tecsa tiene un prisionero, posiblemente un superviviente de la nave mercader, y quiso convencerse. El Orden no parece estar dispuesto a dejarnos trabajar tranquilos en Corinha. Les debe desagradar nuestra presencia.

—¿Qué estáis hablando? —rezongó el oficial, molesto ante tanta conversación que no entendía.

Cuertes sonrió al oficial, como disculpándose.

—Olvidamos que no puedes entendemos —se disculpó Dan en idioma de Corinha—. Omist todavía no ha aprendido vuestra lengua. Llévanos ante tu reina, por favor.

CAPÍTULO X

Tecsa Thaes estudió a los dos mercaderes con visible alegría.

—Habéis decidido pronto —comentó.

—Sí, demasiado pronto —añadió el chambelán Nufhe torvamente.

Cuertes comprendió que la duda dominaba a la bella mujer y que era preciso hacerla desaparecer.

—En nuestro oficio —dijo—, es imperativo que las decisiones sean rápidas.

—¿Y por qué en esta ocasión? —preguntó Tecsa, sonriente.

—Nuestros intereses requieren que la situación sea aclarada pronto. No podemos quedarnos impávidos mientras el tiempo vuela y el plazo fijado por el Orden se acerca a su final.

—Es buena razón —admitió Tecsa.

—Además, hemos llegado a la conclusión de que es mejor hacer el trato contigo que con nadie, puesto que sólo nos dejas un camino.

—¿Para cuándo tendremos las armas? —apremió el anciano.

—Antes de una semana —respondió Cuertes, mirando a Nufhe.

—¿Qué pasa con el cerco que ejerce el Orden sobre el planeta? Admitiste, mercader, que a ti te resultó muy difícil y peligroso burlarlo...

—Las armas ya están en Corinha —dijo Cuertes suavemente.

—¿Es cierto lo que dices? —preguntó la reina sorprendida.

—Sí —asintió Cuertes—. Melvin Omist, junto con otros mercaderes, las trajeron antes de que el cerco se cerrase. Sufrieron un accidente y luego fueron atacados por tribus salvajes de las Ciénagas. Sólo él pudo escapar. Las armas están ocultas en dos depósitos, separados ambos por varios kilómetros.

Nufhe torció el gesto y dijo a su reina:

—Pensar que hemos tenido durante tanto tiempo al hombre que sabe dónde están las armas... De haberlo sabido antes, a estas

horas, Dhormine yacería en una mazmorra.

—Nada hubieseis conseguido de él ni de mí. Nosotros, los mercaderes, tenemos bloqueadas nuestras mentes para impedimos que ni con dolores físicos, traicionemos a nuestros camaradas. Además, Melvin no conoce la lengua de Corinha. Creo que este arreglo es provechoso para ambas partes —terminó sonriendo Cuertes.

Tecsa consultó con la mirada a Nurfhe. El anciano asintió con la cabeza, en silencio.

—Está bien —dijo Tecsa—. El documento te será entregado esta noche y mañana partiremos. Necesito algún tiempo para preparar la columna. ¿En qué lugar se encuentra el primer depósito?

Rápidamente, Cuertes tradujo a Omist los términos sustanciales de la entrevista. Melvin apenas puso objeciones cuando Cuertes le dijo que iba a indicar a Tecsa el sitio donde estaba el depósito, único, que en realidad existía.

—¿Tenéis algún plano de las Ciénagas? —preguntó Cuertes.

Nurfhe salió de la habitación y regresó con unos pergaminos que extendió sobre la mesa. Cuertes los examinó y se admiró ante la perfección del trabajo. Se abstuvo de sacar su minúsculo y detallado mapa. Los planos khuridenitas servirían. Su dedo recorrió la áspera superficie y se detuvo en un punto, diciendo:

—Aquí está el primer depósito.

—¿Y el segundo? —preguntó con ansiedad Nurfhe.

—El segundo lo diré cuando saquemos el cargamento del primero —dijo Cuertes, incorporándose sonriente.

—¿Desconfías de mi palabra, Daniel Cuertes? —preguntó Tecsa.

—Debo ser precavido —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿No has pensado que podemos conformarnos con lo que haya en el primer depósito nada más? —insinuó Nurfhe.

—No lo haréis, porque las armas del primer depósito no pueden funcionar sin los elementos que existen en el segundo.

Tecsa dibujó en sus labios una encantadora sonrisa de comprensión. Dirigiéndose a Nurfhe, le pidió:

—Los mercaderes deben indicarte cuántos carros y esclavos debemos llevar. Ruen irá al mando de las tropas.

—Podemos empezar inmediatamente —dijo Cuertes.

—Está bien —aprobó Nurfhe—. Iremos a las cuadras para elegir

los mejores caballos y los carros más fuertes.

—Un momento —dijo la reina—. Esperad.

Se levantó y anduvo hasta un pesado mueble. Sacó del saquito que pendía de su cinturón una llave y abrió un cajón. Regresó junto a Cuertes llevando un envoltorio de tela.

—Ten, terrestre, como prueba de confianza hacia ti. Daniel tomó el paquete y lo desenvolvió. Soltó una exclamación de sorpresa, al ver que contenía la pistola de ceremonias de Omist y la suya propia. Incluso Nusfhe tuvo un sobresalto ante aquello.

—Verás que mi intención es jugar limpio —sonrió, irónica, Tecsa.

—¿Por qué confías en mí de esta forma? —preguntó Cuertes, turbado—. Con estas armas en mi poder, yo puedo escapar fácilmente.

—Lo sé —asintió ella—. Algo dentro de mí me asegura que eres noble, cumplidor de tu palabra. Me valdré de que tu compañero no hable mi idioma para pedirte que seas tú quien guarde las armas.

—Me basta con la mía, Tecsa. Te ruego que aceptes la otra.

Dan depositó entre las manos de Tecsa la pistola de ceremonias ante la atónita mirada de Omist. Tecsa sonrió y la guardó. Luego sonrió a todos con una leve inclinación de cabeza y se retiró.

Nusfhe miraba ceñudo a los dos mercaderes. Gruñó algo entre dientes y, antes de ponerse en marcha, dijo a Cuertes:

—Espero que nuestra reina no tenga que arrepentirse.

Dedicaron toda la mañana en elegir los carros más sólidos de las cuadras reales. Omist opinó que eran pocos, pues cada uno de ellos no podía cargar con mucho peso, a pesar de ir tirado por dos fuertes caballos cornudos. Nusfhe dijo que se requisarían varios en la ciudad, prometiendo que todo quedaría ultimado antes del atardecer. Entonces se presentó el capitán Ruen, quien había tenido mucho trabajo para disponer una guardia extra en el palacio por si volvía a aparecer el fantasma.

—Nuestros magos y brujos están desencantando cada rincón del palacio —dijo Ruen. No parecía estar muy convencido ante la eficacia de aquella medida—. Pero yo creo que ha sido uno de los extranjeros del Centro de Acercamiento quien entró furtivamente en el palacio y causó el pánico. Lo que no puedo explicarme es cómo entró y salió sin que nuestros centinelas lo vieran.

El oficial les condujo a los cuarteles. Allí, Cuertes y Omist tuvieron ocasión de presenciar un entrenamiento de los soldados. Las pruebas eran duras y peligrosas a veces. Los instructores maldecían a los guerreros y no perdían ocasión para asestarles golpes con el plano de sus espadas a los más torpes.

—Son los mejores guerreros de Corinha —dijo, orgulloso, Ruen—. Nos llevaremos dos centurias. No tendremos que temer a los salvajes.

Después presenciaron un simulacro de combate con espadas de madera, con las que los guerreros, pese a todo, se propinaron una buena paliza. Cuertes y Omist estuvieron conformes en que los salvajes hombres grises, lo pasarían muy mal si se les ocurría atacarles.

Regresaron al palacio y Nurfhe llamó a un criado para que condujera a los mercaderes a una habitación que compartirían ambos y en la que aseguró, que no habría guardias en la puerta.

Una vez a solas, Omist soltó una carcajada y dio unas palmadas en la espalda de Cuertes.

—Nunca creí que lo lograríamos. Los engañamos fácilmente —dijo entrecortadamente, a causa de la risa—. Además, los muy idiotas nos devolvieron las armas —de pronto se puso serio y agregó—: ¿Por qué devolviste a la reina mi pistola?

—Tuve tiempo de comprobarla y vi que estaba casi descargada. Decidí entonces, ya que era inútil, regalársela, como prueba de amistad. Mi gesto terminaría por convencerla, ¿no?

—¿Y tu pistola? —preguntó suspicazmente.

—Tiene la carga completa —dijo Dan, examinándola. La volvió a guardar. —Su manejo es más complicado que la tuya y no la usaron. Omist puso los brazos en jarra y preguntó, sarcástico:

—Así pues, tú eres el único que estará armado.

—Así es. ¿Por qué ibas a serlo tú? Yo soy el jefe del grupo.

—La reina parece haberte tomado mucho afecto, Cuertes. Es lamentable que no sepa el idioma de Corinha...

—¿Qué insinúas?

—No pude enterarme de lo que hablasteis.

—¿Recelas algo?

Omist hizo un gesto ambiguo y se encogió de hombros.

—Estás desvariando —dijo Dan—. Me pedirás disculpas algún

día.

—Ojalá ocurra así... para ti, sobre todo.

Los dos hombres se estudiaban mutuamente cuando unos golpes sonaron en la puerta. Cuertes la abrió. Era un esclavo, que dijo:

—La reina te espera, extranjero. Yo te conduciré hasta ella.

—Voy contigo —respondió Cuertes. Luego explicó a Omist lo que dijo el esclavo, añadiendo—: Puedes pedir comida para ti solo. Es posible que tarde un poco.

Melvin hizo un gesto despectivo y respondió con sorna:

—Seguro; la dama puede necesitar mucho de tu tiempo.

El esclavo condujo a Cuertes a través de un laberinto de pasillos. Le hizo subir por una larga escalera de caracol y se despidió de él, dejándole en la entrada de una terraza. Allí le esperaba Tecsa, apoyada sobre la balaustrada y con la mirada perdida en el horizonte.

Cuertes se acercó, viendo que Tecsa estaba más bella y deseable que nunca. Y también, más distante de él. Trató de identificar sus sentimientos. Tecsa había oído sus pasos y se volvió. Al verle, sus ojos sonrieron antes que sus labios, que dijeron al fin:

—Hola, Daniel Cuertes.

El mercader no respondió. Se limitó a inclinar la cabeza.

—Los vientos proceden del Oeste y pronto regresarán las lluvias —dijo Tecsa, aspirando el aire—. Antes de treinta días, comenzará otro período de tormentas, cuyas lluvias anegarán los caminos y desbordarán los ríos. ¿Crees que para entonces ya estaremos de regreso?

—Todo dependerá de demasiadas circunstancias —dijo él cautelosamente—. ¿Para qué me llamaste? —Además de invitarte a compartir contigo la mesa, tengo algo importante que decirte.

—¿Sólo a mí? ¿Y Melvin Omist?

—Sólo a ti.

—Perfecto —sonrió Cuertes—. Me agrada la idea.

Ahora, ¿qué noticia es ésta?

—Ha llegado un aparato volador al Centro.

—¿Eh? ¿Quieres decir que ha llegado alguien del Orden a Khuride?

—Sí. Hace dos horas, cuando estabais en los cuarteles. Mis centinelas vinieron a decirme que un aparato había entrado por la

parte superior del edificio del Centro. Eso ha ocurrido algunas veces. El coordinador de Fharlon suele visitar a sus colegas de aquí.

—¿Sabes para qué ha venido?

Ella hizo un ademán de ignorancia.

—Claro que no lo sé. Ya hacía tiempo que no venía. Sé que los coordinadores tienen medios para comunicarse a distancia. Debe ocurrir algo fuera de lo corriente, para que Vecer Uzblan venga personalmente. La última vez que estuvo aquí, recuerdo, fue unos días antes de que mis hombres encontraran a Melvin Omist. Los coordinadores estuvieron varios días recorriendo el terreno desde el aire, buscando algo.

Cuertes asintió. Vecer Uzblan estaba decidido a no permanecer inactivo. Era lo lógico. Ya no tenía la menor duda de que el coordinador de Khuride, un nativo de Vega, había sido quien con sus apariciones de imágenes en el palacio, había causado tanto alboroto horas antes. Seguramente había estado buscando a Omist y a él.

—¿En qué piensas? —Las palabras de Tecsa le sacaron de sus meditaciones.

Él se disculpó con una sonrisa y respondió:

—Pensaba en que nunca supuse que en un planeta como éste encontraría una mujer como tú.

Tecsa le miró a los ojos, interrogante.

Por toda respuesta, Dan la tomó entre sus brazos y la besó. Por un momento temió que ella le apartara bruscamente. Casi se sorprendió primero y luego se sintió alborozado cuando Tecsa correspondió con tanto calor y pasión a la caricia como él había puesto.

CAPÍTULO XI

El Centro de Acercamiento en Khuride era una copia exacta del que existía en Fharlon. Vecer Uzblan se sentía en aquél como en el suyo propio. No notaba diferencia notable.

Había llegado hacía veinticuatro horas antes y desde entonces, apenas si pudo descansar unas seis. El trabajo lo efectuaba juntamente con el vegano

LK-876

y el ayudante de éste, el terrestre Olivat. Los tres personajes estaban ahora observando a través de una pantalla televisora cómo una larga caravana, compuesta por veintitantos carromatos y más de doscientos jinetes, salía del palacio.

—¿Adónde supones que irán? —preguntó Uzblan a

LK-876

—Sin duda alguna en busca de las armas. El mercader debe haber llegado a un acuerdo con la reina. ¿Qué hará Dhormine cuando sepa que lo han engañado?

—Dhormine salió de Fharlon con una buena parte de su ejército. En menos de dos días, cruzará la frontera y sus avanzadillas pueden descubrir la caravana de Tecsa si la suerte les acompaña. Si Dhormine es listo, esperará primero a que lleguen hasta las armas.

—Así, estás convencido de que las armas están aquí, ¿no?

—Indudablemente. La nave que encontraste, debió traerlas. ¿No se trataba de un carguero?

—Sí —admitió el vegano—. Era un carguero de matrícula obarzumita. Pero bien pudieron los tribeños salvajes que mataron a los tripulantes llevarse la carga.

—No. Algo hubieran dejado, algún indicio. Cuando los salvajes de las Ciénagas atacaron, la mercancía ya había sido puesta a buen recaudo. Además, hubo un superviviente.

—¿El extraño prisionero de Tecsa?

—Sí.

Al recordarle aquello Uzblan, el vegano maldijo e inquirió:

—Asusté inútilmente a los hombres del palacio —dijo—. Hice varias incursiones y en casi todas me vieron. Supuse que el prisionero se hallaba en los sótanos. Al no encontrarlo allí, subí hasta las habitaciones superiores y tuve que optar por abandonarlo todo, porque promoví un revuelo tremendo.

—El prisionero y Cuertes estaban en el palacio ayer por la mañana —respondió con firmeza Vecer.

Delante de ellos había una pantalla de televisión, por la que observaban la marcha de la caravana. Uzblan movió unos mandos y la imagen se agrandó. La movió hacia la izquierda y aparecieron varios jinetes. Dos de ellos no ostentaban las pobladas barbas que era el símbolo de fuerza de los guerreros de Corinha.

—Uno es Daniel Cuertes, pero no conozco al otro —dijo Uzblan.

LK observó atentamente durante unos segundos y respondió:

—Son humanos como tú, ¿y los corinhianos?

—Cuertes es un conocido mercader, que suele terminar los negocios más difíciles. Tuve ocasión de hablar con él en el castillo de Dhormine, como ya te dije. El otro debe de ser el superviviente del carguero.

—¿Qué ha podido haber ocurrido?

—Muy sencillo. Tecsa los tenía en su poder y los obligó a que le cedieran las armas. Tenía fuertes razones para convencerlos. Lo que no podemos saber es si los mercaderes piensan jugar limpio. Lo mismo que han traicionado a Dhormine, pueden volver a hacerla con Tecsa.

Quedaron en silencio unos minutos, mientras seguían observando cómo la caravana terminaba de salir del palacio y tomaba el polvoriento camino para alejarse de la ciudad.

—¿Cuáles son tus planes, Vecer? —preguntó el vegano.

—Seguiremos el curso de la caravana por los detectores primero y luego desde el aire. Lo haremos tú y yo. Creo que intervendremos cuando lleguen junto a las armas.

—¿De qué forma?

Vecer se removió inquieto en su asiento.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Qué pasará entonces?

Hasta ahora hemos seguido al pie de la letra las instrucciones que el Alto Mando ha estado enviando. Todo marchaba perfectamente hasta que ordenaron que pidiéramos al comodoro que dejara entrar en el planeta a Daniel Cuertes. Aunque al principio nos desconcertó tal medida, pensamos que el Orden quería, además de apoderarse del cargamento, desarticular la organización de los mercaderes. Pero ahora, cuando informamos de que pronto podemos saber dónde están las armas, nos dicen que nos limitemos a observar y comunicarles el lugar exacto cuando lo sepamos.

—¿Acaso pensaste en una intervención armada?

—¿Por qué no? Todo, antes que permitir que los mercaderes se salgan una vez más con la suya. Hay que evitar una guerra en el planeta.

—Con un vencedor y dueño de Corinha el asunto podía ser concluido. Las leyes se podrían cumplir.

—No creo que eso sea lo que quiere el Orden. Empiezo a temer que nuestros superiores están perdiendo el control del asunto. Quizá no sepan con certeza los problemas de Corinha y no actúan en consecuencia.

LK miró a su compañero. Preguntó:

—¿Dudas de la eficacia del Orden?

—No. No se trata de eso. El Orden se basa en nuestros informes. Me temo que hayamos cometido algún error de bulto y, por ende, sus decisiones no son las correctas.

Sonó entonces un timbre de aviso y Vecer movió un interruptor. La voz del terrestre Olivat, anunció:

—El comodoro quiere hablarte, Vecer. Te paso la comunicación.

Una esfera opalina descendió del techo. Dentro de ella estaba la imagen del comodoro

Q'Kuoth

. Era un nativo de

Antares VI

, de enorme tamaño y facciones perrunas. A Uzblan no le hubiera extrañado tener que entenderse con él a ladridos.

—Hola, comodoro —saludó Vecer.

Q'Kuoth

fue derecho al asunto.

—Necesito saber lo que está ocurriendo por ahí, coordinador.

—Adelante. ¿Qué sucede?

—Hace treinta y dos horas, uno de mis cruceros dio el alto a una nave que intentaba burlar la vigilancia. Tuvo que destruirla porque no atendió la orden. El pecio fue inspeccionado y descubrimos que había estado manejada por control remoto. Doce horas después, avistamos tres naves de Obarzum, mercaderes sin duda, que merodeaban el espacio cercano al planeta, aunque no daban muestras de querer romper el cerco. Allí siguen desde entonces. Creo conveniente señalar que de la nave salió el bote de desembarco que utilizó Cuertes para llegar a Corinha. No sé qué pensar de esto. Creo que utilizaron un aparato viejo en un intento de encontrar un punto flaco en nuestro sistema defensivo. Al fracasar, han optado por esperar.

—¿Esperar? —repitió Vecer y luego preguntó—: ¿Qué supone que están esperando?

—No lo sé. Están fuera del límite y nada puedo hacer contra ellos, aunque los vigilo estrechamente. Ojalá pudiera detenerlos.

—Llamaré al Alto Mando y pediré instrucciones.

—Ya lo hice yo —el comodoro sonrió ladinamente.

—¿Qué le respondieron? —El tono de Vecer no dejaba lugar a dudas, no le había agradado la iniciativa de Q'Kuoth

—Nada todavía. ¿No le parece extraño que el Orden se torne tanto tiempo en dar instrucciones que nos urgen?

—Mucho —admitió Vecer—. Yo también insistiré.

—Si tiene más suerte que yo, no se olvide de comunicármelo.

—Seguro que así lo haré, comodoro. ¿Algo más?

—No. Llámeme —le recordó

Q'Kuoth

, antes de cortar la conexión.

Uzblan volvió su consternado rostro hacia LK, interrogándole con la mirada. El vegano movió negativamente la cabeza, diciendo:

—Parece que tienes razón al suponer que hay algo que no marcha adecuadamente en el Alto Mando. O no quieren contárnoslo todo. ¿Acaso somos nosotros incapaces de comprender su proceder?

—Un dilema —recabó Uzblan—. Repasaremos, pues, los hechos.

Todo comenzó cuando el Orden nos informó que tenían sospechas fundadas de que la mercancía ya estaba en Corinha. Presumían de saber que un enlace de los mercaderes llegaría en breve para formalizar el negocio con Dhormine. Investigamos y tú encontraste el carguero vacío. Luego, te enteraste de que Tecsa tenía un prisionero que encontró en las Ciénagas. Entonces recibimos la noticia de que el enlace de los mercaderes llegaría y el Orden nos dijo que debíamos dejarle entrar en Corinha para que pudiera ponerse en contacto con Dhormine. Tal vez así sabríamos dónde están las armas. Nuestra misión tenía que limitarse a observar e informar de todo cuanto fuera de vital importancia. La astronave que trajo a Daniel permaneció en el espacio, fuera del alcance jurídico de los cruceros del comodoro, hasta que aparecieron más naves con mercaderes. Entonces se marchó. ¿Por qué? Ahora las naves de Granmer revolotean alrededor de Corinha, ansiosas por alcanzar su superficie y... ¿Qué vienen a hacer aquí si ya Cuertes se ocupa del asunto?

—Desearán ayudarle o han cambiado los planes —insinuó LK.

—Los mercaderes no han podido enterarse del rapto de Daniel Cuertes. Para ellos, todo está funcionando perfectamente. Daniel sólo tenía un comunicador que usó una vez para mandar un mensaje, que interferimos. El informe de Daniel se limitaba a decir que tenía el contrato con Dhormine y que pronto iba a saber dónde estaban las armas. Resulta que él también las busca. Después de este mensaje no hubo ningún otro. Cuertes debió perder el comunicador.

—Es posible que Granmer haya descubierto algo que no marcha bien —dijo LK, mirando en la pantalla cómo la columna se perdía en los bosques cercanos.

Vecer levantó la mirada. Luego, ante la curiosidad de su amigo, escribió unas rápidas líneas sobre un papel, que envió por un tubo neumático hasta el piso superior donde Olivat estaba al frente de la estación comunicadora.

—¿Qué haces?

—Voy a solicitar unos informes al Orden, a los departamentos de registros. Allí no existe conexión con los que están encargados de los Mundos Olvidados. Estoy seguro de que obtendré unas interesantes respuestas. Tus palabras, querido LK, me han dado un poco de luz.

CAPÍTULO XII

Al anochecer acamparon en un extenso claro del bosque. Se levantaron únicamente dos tiendas. Una grande para la reina y otra más pequeña para los extranjeros. Los guerreros, esclavos y carreteros, dormirían a la intemperie, alrededor de las hogueras.

Aquella mañana, cuando en el gran patio del palacio reinaba un enorme bullicio antes de la partida, Cuertes había esperado que a última hora, Tecsa desistiera de su deseo de ir en la expedición. No pudo por menos que sentir una gran admiración hacia aquella mujer al verla aparecer vestida de amazona, cubriendo sus bien formadas piernas por unos pantalones de fina piel muy ajustados. Estaba muy hermosa. Vestía también un jubón de piel dorada. Una capa le caía por la espalda y se tocaba la cabeza con un casquete emplumado. La corta espada que pendía de su cintura, no le quitaba feminidad.

Durante el viaje, la reina despreció la carroza real.

Montaba en una recia yegua cornuda y marchaba a la cabeza de la columna, al lado del capitán Ruen. Detrás, iban los mercaderes, a quienes consultaba de vez en cuando el camino.

Aquella noche, a la luz de las hogueras, Cuertes terminó su frugal cena y echó de menos un cigarrillo. Los guerreros fumaban en sus pipas de arcilla aquel fuerte tabaco de Corinha, que él no podía soportar.

Los soldados, separados de esclavos y carreteros, formaban corros y cantaban bélicas tonadas, mientras bebían de los pellejos de vino. Poco antes, Cuertes había visto cómo Ruen ordenaba a sus hombres que dispusieran una fuerte vigilancia en torno al campamento. Luego. Tecsa y Ruen recorrieron los puestos y la reina se retiró a continuación a su tienda.

Omist, sentado junto a Cuertes, comentó:

—No creí que la reina fuera a despedir al oficial tan pronto —y

soltó una risita.

Cuertes se volvió para mirarle ceñudamente.

—No supondrás que Tecsa ha dejado en palacio a su amante, ¿eh? —siguió diciendo Omist—. Sería un viaje muy aburrido para ella.

Dan rompió la ramita con la que jugueteaba, arrojó los dos pedazos y fulminó a Melvin con la mirada.

—Tenía a ese barbudo oficial por el amiguito de Tecsa —comentó irónico, Omist—. Luego pensé que tú habías llenado tal hueco. Eres algo exótico aquí y las hembras suelen tener debilidad por todo lo que procede de lejos —sonrió—. Yo no tuve suerte porque no aprendí la lengua de Corinha, mientras que tú sí podías hablar de amor con facilidad.

Cuertes realizó un gran esfuerzo por mantenerse sereno.

—Ayer estuvisteis muchas horas juntos —ahora la voz de Omist no era tan divertida.

—Formalizamos el contrato. Ya te lo mostré.

—Una firma sólo dura unos segundos. No volviste hasta bien entrada la noche. Tengo derecho a saber lo que ocurre a mis espaldas.

—No tienes ningún derecho, Omist.

—Soy parte interesada en el asunto. Y empieza a no gustarme tu proceder, Dan. La forma en que estás llevando la operación es contraria a las normas de los mercaderes.

Dan se levantó y Melvin hizo lo mismo. Ambos se miraron con frialdad y fuego a la vez. Cuertes, escupió:

—Sin mí, todavía estarías pudriéndote en el palacio de Tecsa. Bien pude dejarte allí o decirle que no me interesabas, ¿no?

Ante estas palabras, Omist parpadeó y se movió confundido. Sus dudas luchaban con la lógica de Cuertes. Terminó por recoger del suelo las pieles que debían servirle de abrigo en su sueño y se retiró a la tienda preparada para ellos. Dan continuó fuera, siguiendo con la mirada a Melvin, quien al llegar junto a la entrada, se volvió y le dijo:

—No recelaría de ti si supiera que tenías relaciones con Tecsa Thaes, Dan. Pero ahora sé que estás enamorado de ella y corres el riesgo de hacer una tontería. No consentiré que hagas nada que perjudique a Granmer y al grupo de mercaderes.

Dan optó por no responder. Omist desapareció en el interior de la tienda y él dio media vuelta, empezando a caminar por entre las fogatas rodeadas de hombres, esclavos y libres. Dejó atrás las improvisadas cuadras y se adentró en el bosque, pasando por los puestos de vigilancia. Los guerreros estaban armados con arcos y lanzas, le vieron pero nada dijeron. Casi tropezó con una persona al doblar unos matorrales.

—¿Qué hace aquí, mercader? —preguntó el oficial Ruen.

—No tengo sueño y paseo —respondió Dan.

—Es peligroso adentrarse solo por la selva de noche.

Cuertes señaló su pistola y dijo, confiado:

—Voy bien armado, capitán. Mejor que tú.

—Lo sé. Pero a veces, las fieras son más silenciosas que la sensibilidad de tu oído y tan veloces como el rayo de tu pistola. Te recomiendo que regreses a tu tienda y descanses.

—Lo haré pronto. Gracias por el consejo.

Ruen le miró de la cabeza a los pies. Antes de marcharse, le dijo:

—Mis guerreros tienen órdenes de no molestarte pero nadie puede evitar que alguno te confunda con una alimaña y dispare su arco.

El oficial se alejó hacia el campamento. Cuertes pensó si le había estado siguiendo o no. Quizá simplemente recorría una vez más los puestos de vigilancia. Optó por quedarse allí un rato y luego regresar a la tienda. La noche era agradable, no muy fría y esperaba que al regreso, encontraría a Omist durmiendo. Así evitaría tener que cambiar nuevas palabras con él.

En pocos días, el panorama cambiaría y entrarían en las fétidas Ciénagas, con sus aguas estancadas y pestilentes, con abundantes árboles corrompidos por las emanaciones sulfúricas.

Escuchó el roce de unas ramas y se volvió rápido, con la pistola empuñada. Descubrió dos figuras que se alzaban quietas y silenciosas a un metro de él. Eran Vecer Uzblan y un oriundo de Vega.

Cuertes enfundó la pistola. Los recién aparecidos, sabía, no podían hacerle ningún daño. Ni él a ellos tampoco, por supuesto.

—¿Qué ocurre ahora, coordinador? —preguntó, sentándose sobre un tronco caído. La pálida luz de las minúsculas lunas de Corinha se filtraba por entre las ramas y ayudaba al rojizo

resplandor de las hogueras a proporcionar un cálido ambiente de conspiración.

—Mañana estaréis demasiado alejados del alcance de nuestros transmisores de imágenes y quise que

LK-876

te conociera —dijo Uzblan—. Hemos tenido la suerte de encontrarte al tercer intento sin que nadie nos haya visto.

—Vecer, tú eres más competente que tu compañero de Vega utilizando el transmisor de imágenes, pues él provocó en el palacio de Tecsa un gran escándalo cuando buscaba a Melvin o a mí.

—Lo sé. Procuramos reducir la utilización del transmisor al mínimo. Los nativos son supersticiosos y todavía se debaten en los albores de las absurdas religiones. Es fácil que crean en fantasmas si nos ven.

LK soltó unos juramentos en su lengua natal, agregando en galáctico:

—Debí suponer lo contrario a lo lógico, que era que Tecsa tuviera encerrados sus prisioneros en los sótanos.

Cuertes rió de buena gana, pese a lo extraño de la situación.

—Pero vosotros no habéis venido a explicarme esto, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Vecer. A veces, el resplandor de las hogueras del campamento podía verse a través de sus cuerpos—. Queremos advertirte de un peligro que se cierne sobre ti y pedirte a cambio algo que, a la larga, será beneficioso para ti.

—¿Qué es ello? —interrogó Dan suspicazmente.

—Los mercaderes están furiosos contigo porque has roto el contrato que tenían apalabrado con Dhormine —dijo Uzblan.

—El negocio se hará —replicó Cuertes, alzándose de hombros—. Tan sólo ha cambiado el cliente, pero el final será el mismo.

—Ellos no deben entenderlo así, pues están ansiosos por entrar en Corinha. Intentan burlar el bloqueo del Orden. Y creo que podrán conseguirlo de una forma u otra.

El cuerpo de Dan pareció sufrir una descarga eléctrica y de un salto, se levantó de su improvisado asiento. Su rostro había perdido toda señal de diversión y ahora miraba con desconfiados ojos a la pareja. Preguntó silabeante:

—¿Qué pretendéis al avisarme?

—Venimos a ofrecerte protección.

—¿A mí? Yo no necesito el amparo del Orden. No podéis hacer nada en Corinha. Es un planeta que no pertenece a la Galaxia.

—Los mercaderes de Obarzum vienen a ajustar cuentas contigo. No sabemos cómo, pero han averiguado lo que está pasando aquí. A ellos no les convencerás como a tu compañero Melvin. ¿Sabías que Dhormine marcha con su ejército sobre Khuride para conquistar el país antes de que la reina tenga en su poder las armas atómicas? Será una guerra larga y cruel. Tanto, que el Orden aislará Corinha por cien años más. Perderán mucho dinero los mercaderes. Y tú serás la cabeza de turco en la que pagarán su rabia por la pérdida.

—Yo no podía hacer otra cosa. Me raptaron y me tenían en su poder. Melvin estuvo de acuerdo conmigo —se defendió Cuertes.

—Omist te propuso la fuga y tú no aceptaste. ¿Por qué? Tu debilidad hacia las mujeres hermosas está arruinando tu carrera. Hace poco, Melvin te gritó que te has enamorado de Tecsa. Tú quieres impedir que ella caiga prisionera de Dhormine. Estás dispuesto a todo, antes que permitir que ella termine en los brazos del Gran Zhan primero y luego en los de sus soldados. También Tecsa parece sentir por ti algún afecto. Te tiene gran confianza. Como prueba de ella, te entregó las pistolas. Fue un inteligente gesto el tuyo de sólo quedarte con una pistola. Así Melvin, no estaría armado.

Cuertes miró a Uzblan y al vegano, preguntando:

—Me espiáis todo el tiempo, ¿eh?

—Sí. Después de los intentos fracasados de LK, él y yo hemos estado utilizando el transmisor sin permitir que las imágenes se formen del todo. Nos limitamos a ver y escuchar. La verdad es que no tenía ningún deseo de presenciar tus amores con Tecsa, Dan. Te aseguro que entonces, me retiré de inmediato.

—Estáis levantando castillos en el aire con vuestras suposiciones. Decidme concretamente qué queréis de mí.

—Te pedimos, a cambio de nuestra protección, que no entregues las armas a nadie —dijo Vecer—. El Orden te proporcionará un nombre nuevo y cierta cantidad de dinero para que comiences una nueva vida. Incluso podemos cambiarte el rostro, huellas dactilares y color de los ojos. Nadie te reconocerá y vivirás tranquilo, sin la amenaza de los mercaderes.

—¿Estas recomendaciones las habéis recibido del Orden?

—No. Pero estamos decididos a proponerlo. Lo aprobarán.

—Tu plan tiene un fallo. Aunque yo no entregue las armas a Tecsa, no se evitará la guerra. Dhormine viene hacia aquí. Nadie le detendrá y la matanza será inevitable.

—La guerra puede evitarse. En los cruceros del comodoro, viaja una brigada pacificadora.

—Eso es contrario a las leyes. Ninguna fuerza armada del Orden puede intervenir en un asunto local de un planeta no miembro.

—El caso está cambiando, Dan. No podrían intervenir si la raza humana fuese la única dominante. ¿No sabías que en las Ciénagas viven los restos de una civilización que durante siglos fue combatida por los humanos? Esos humanoides de pigmentación gris, fueron los que aniquilaron a la tripulación del carguero mercader.

—Lo sé —asintió Dan.

—Por lo tanto, Corinha no es un planeta con una sola raza. Sólo tengo que enviar las pruebas al Orden para que envíen las tropas y obligar a deponer las armas a los contendientes.

—Será preciso demostrar el grado de inteligencia de esos hombres de piel gris. Tengo entendido que están degenerados.

—Hace unas horas, LK y yo estuvimos considerando eso. Quizá el Orden, después de cierto estudio, no los admita como seres inteligentes, pero ya entonces, tendríamos las armas en nuestro poder y la guerra sería evitada.

—¿Qué ocurriría si la guerra no pudiera evitarse? —preguntó Dan.

—El Orden sellaría este planeta por un siglo, abandonándolo a su suerte. Se haría un nuevo intento después de ese tiempo. Pero para entonces, ninguno de nosotros viviríamos ya. Y tú, mucho antes, habrías caído en manos de los mercaderes, que te considerarían el culpable de su fracaso.

—No acepto la propuesta. Estoy seguro de llegar junto a las armas antes de que Dhormine nos alcance, y no me importa en absoluto la presencia de los humanoides grises. Tendrás que presentar muchas y buenas pruebas en el Orden para que éste se decida a dar un paso tan decisivo...

—Lo siento por ti, Dan. Me simpatizabas y deseaba librarte de un serio tropiezo. Buscaba una solución justa para todos.

—No seas amable conmigo —dijo agriamente el mercader—. Puedes retirarte. Estás consumiendo demasiada energía con el transmisor.

—Te seguiremos, Dan —amenazó Vecer.

—¿Crees que con eso impedirás que llegue hasta las armas? —Hizo un gesto de indiferencia—. Estáis atados de pies y manos. Tendréis que contentaros con seguirme.

—Adiós, Daniel Cuertes. De todas formas, LK te entregará mañana un transmisor.

—¿Para qué? No lo necesito.

—Quizá cambies de opinión y necesites nuestra ayuda. Si lo pones en funcionamiento, sabremos que estás en peligro y acudiremos.

Las dos figuras se desdibujaron, hasta desaparecer.

CAPÍTULO XIII

Avanzaban por la llanura, levantando una gran nube de polvo. La humedad de la lluvia había desaparecido y la tierra estaba seca. El sol, grande y amarillo de Corinha, en cielo completamente despejado, castigaba implacablemente al ejército en marcha.

Un guerrero, al galope de su caballo, se acercó al Gran Zhan, que encabezaba, junto con sus generales, la apretada columna bélica. Dhormine, vistiendo su armadura de guerra y con el casco de acero bajo el brazo derecho, se detuvo.

—Señor —dijo el soldado jadeante—, nuestras avanzadas entraron en contacto con un destacamento de vigías de la Gran Thaes. Hemos conseguido tres prisioneros.

Dhormine levantó la mirada y escrutó el ardoroso cielo primero y luego la yerta planicie por la que avanzaban.

—Al anochecer —dijo—, acamparemos en los Oasis Nundoos. Que allí esperen las avanzadas con los prisioneros. Quiero interrogarles para saber si es conveniente o no seguir hasta la capital de Khuride —se volvió y dijo a sus generales—: Nuestros espías de allí no han sido muy explícitos, debemos proceder con cautela. Sería lamentable que mientras arrasamos aldeas y poblados, la reina esté cerca de las armas.

Iodon soltó una risita. Dhormine se volvió furioso hacia él.

—¿Qué te causa hilaridad? —preguntó.

—La estúpida Bruja de las Brumas ha sido más sagaz que tú, mi rey —respondió insolente Iodon.

La diestra de Dhormine, cubierta por el guante de acero, cruzó el cetrino rostro de Iodon, que a punto estuvo de caer del caballo. El consejero, empero, no perdió su sangre fría y su ensangrentado rostro volvió a dibujar una sonrisa, torva.

—Reserva tu furia para cuando tengas a Tecsa y Cuertes.

—Juro por los dioses de la Guerra que sus gritos de dolor

llegarán a ese planeta de donde proceden los mercaderes. Cuertes sabrá lo peligroso que es burlarse de Dhormine Zhan.

—¿Aún crees a Cuertes culpable? —Preguntó Iodon, mientras restañaba la sangre de su rostro con un mugriento pañuelo—. Recuerda que fue raptado. No marchó por su voluntad.

—Mis guerreros no pudieron impedirlo porque fueron puestos en fuga por una de esas armas que matan con rayos —gruñó Dhormine—. Y en todo Corinha sólo existe la de Cuertes.

El Gran Zhan alzó su brazo hacia los trompeteros, quienes hicieron, mediante sordos sonidos, que la columna se pusiera de nuevo en marcha.

* * *

Después de toda una jornada a través de la selva, la caravana llegó hasta los límites de ésta, donde comenzaban las Ciénagas. El avance se hizo entonces más difícil y hubo necesidad de que varias docenas de hombres se pusieran a la cabeza para abrir el camino.

Tecsa y Ruen habían requerido la presencia de Dan y Omist para estudiar la ruta. En el tosco plano, Melvin localizó el punto donde se hallaban. Hizo recorrer su dedo sobre los dibujos y lo detuvo en lo que parecía representar una isleta en medio de un lago.

—Aquí está el primer depósito —dijo.

Cuertes tradujo las palabras de Omist. Pensativo, Ruen, dijo:

—Eso está a dos días de marcha. El terreno no es demasiado malo, aunque debemos ser precavidos. Pero perderemos algún tiempo en preparar almadías para llegar hasta ese islote. ¿Están enterradas las armas?

Dan trasladó al galáctico la pregunta de Ruen a Omist.

—Simplemente, están allí —respondió Melvin.

Al decirles Cuertes a Tecsa y Ruen cómo estaban las armas, ambos se miraron alarmados.

—Los hombres grises pueden haberlas descubierto —dijo Ruen.

Omist no entendió las palabras del oficial, pero supo interpretar sus gestos. Dio media vuelta y se alejó, diciendo:

—Nadie, excepto yo, puede llegar a ellas.

Dan se rascó la barbilla pensativo y luego asintió.

Comprendía la seguridad de Omist. Las cajas, conteniendo las armas, debían estar rodeadas de un campo de fuerza, alimentando

por una batería atómica.

—Melvin está seguro de tener las en buen recaudo —dijo Cuertes.

—Ojalá sea así —resopló el oficial, regresando con sus hombres.

Un esclavo sostenía las bridas de los caballos de Tecsa y Dan. Ambos montaron y se unieron a la caravana. Dan miraba de soslayo a Tecsa. Estaba furioso porque apenas había tenido ocasión de hablar con ella en privado.

—Tu sitio no es éste. Tecsa —dijo el mercader.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la mujer.

—Esto está a punto de convertirse en un volcán. Yo puedo sacarte de aquí y luego llevarte a mi planeta. Allí vivirás rodeada de unos lujos y comodidades en los que nunca soñaste.

—Khuride es mi patria.

—Los humanos tenemos miles de patrias en el Cosmos.

—Estoy consagrada a mi pueblo. Se lo prometí a mi padre.

—No tienes que sacrificar te. Pronto, todos los habitantes de Corinha serán habitantes de la Galaxia, saldrán de la ignorancia.

—Dhormine seguirá apeteciendo poder y riquezas.

—Vuestras actuales riquezas, causarán risa ante la que de todos los puntos de la Galaxia llegarán a Corinha a cambio de los minerales que encierra en su subsuelo. —¿Quiénes traerán esas riquezas? ¿Tus amigos los mercaderes?

—Yo te amo, Tecsa. Y creo que tú también sientes lo mismo por mí. Debes tenerme plena confianza. Yo puedo mostrarte un mundo que te dejará asombrada primero y luego satisfecha. Olvidarías Corinha.

Tecsa apretó los labios hasta formar una delgada línea con ellos. Su pecho subía y bajaba a causa de la respiración alterada.

—No me conoces bien. Yo nunca traicionaría a mi pueblo.

Cuertes no pudo responder. Tecsa espoleó su caballo, lanzándolo al trote hasta ponerse al lado de Ruen. Ella pareció haber querido recriminar a Dan que él luchaba mercenariamente y no le importaba a quién servir, si los beneficios eran excelentes.

Dan dejó escapar de sus pulmones, irritados por la cargada atmósfera de los pantanos, el aire que durante unos segundos había retenido. Un guerrero pasó por su lado y le dejó caer algo sobre su silla de montar. Se volvió para mirarle y apenas si pudo ver el

rostro de Vecer Uzblan, medio oculto por la capucha de una especie de guardapolvos. El coordinador espoleó a su caballo antes de que él pudiera reaccionar y se confundió entre los demás guerreros.

El mercader tomó el paquete, del que extrajo un pequeño transmisor. Pero su selector de ondas, estaba atorado. Sólo podría usarlo para llamar a Vecer Uzblan. Sonrió mientras lo dejaba deslizarse dentro de su bolsa de viaje. Vecer había cumplido con su palabra de entregarle un transmisor. Ahora, los coordinadores estaban más cerca de él que hacía dos noches, cuando se le presentaron por medio de imágenes.

Vecer y el vegano debían estar siguiendo la caravana desde un aparato volador, ocultándose en las densas nubes. Se preguntó de qué medios se había valido Vecer para tomar un caballo, ropas y armas khuridenitas. Tuvo que reconocer su inteligencia y valentía.

Cuertes se volvió para mirar a Melvin, de quien estaba más distante cada día. Apenas si cambiaban las palabras precisas y presentía sobre él la mirada vigilante del mercader, que a escondidas, seguía sus pasos cada vez que hacían un alto en el camino.

* * *

El zumbido cesó y dejó paso a un rítmico martilleo, cuya intensidad sónica fue decreciendo hasta confundirse con el apenas imperceptible crepitar que procedía de la popa de la nave.

Un suspiro de alivio se escuchó en la cabina de mandos.

—Nunca creí que llegaría el momento de estabilizarnos en la atmósfera —dijo un hombre, resoplando.

Otro, quitándose el cinturón que lo amarraba al sillón, dijo:

—Me las pagará quien me obliga a arriesgar así mi pellejo.

—¡Eh, no pises a mi cliente! —protestó un tercero.

—¿Cliente? Querrás decir víctima.

—Callaos. Dejad al piloto que trabaje —quien habló lo hizo autoritariamente. Era un hombre de enorme estatura, corpulento, de largos miembros y cabeza voluminosa, coronada por un abundante cabello blanco. Una vez obtenido el silencio, dijo al piloto—: Utiliza los giroscopios, Ted. Ahora tenemos que buscar el lugar. ¡Traed los mapas!

A su estentórea voz, alguien le acercó los pliegos topográficos.

Un mecánico entró en la cabina, lleno de grasa pero con el semblante risueño. Dijo al hombre corpulento:

—Todo está mejor de lo esperado, Granmer. No hay peligro. La nave resistió bien la aceleración. ¡Hemos tenido suerte!

El llamado Granmer asintió en silencio. Su mirada estaba fija en los mapas y con un ademán, despidió al mecánico. Granmer no tenía nombre propio, al menos, nadie lo sabía. Se hacía llamar así porque era demasiado largo llamarle Gran Mercader. Y a él le gustaba Granmer. Era como una especie de título, del que se sentía muy orgulloso.

Los demás hombres, excepto el piloto, se acercaron a la mesa sobre la que Granmer había extendido los mapas. Callaban porque conocían a su jefe y comprendían la situación, harto delicada. Todos temían la ira de Granmer y procuraban no despertarla.

—Nuestros informes son imprecisos —gruñó Granmer, paseando su penetrante mirada por sus colaboradores, a quienes había obligado a acompañarle en aquel viaje. Nunca antes, Granmer había intervenido personalmente en un negocio. Pero aquella situación se salía de lo normal—. Afortunadamente, el Orden ya había editado planos detallados de Corinha. El carguero debió aterrizar por aquí, en una zona asquerosamente pantanosa, situada entre las dos naciones dominantes. Decidí enviar el cargamento de armas porque informaron de que el Orden pensaba cercar el planeta para Impedir nuestra entrada. En su día, elegimos a Fharlon como el reino a quien debíamos favorecer, y las negociaciones preliminares estuvieron coronadas por el éxito. Cuando creía que todo estaba resuelto, dejamos de recibir comunicaciones del carguero. Tan sólo sabíamos que estaba a punto de aterrizar. Debieron averiarse sus comunicadores. Pero por entonces, ya no se podía entrar libremente en Corinha y decidí enviar a nuestro experto en estos casos de emergencia, a Daniel Cuertes, nuestro héroe —de los labios de Granmer salieron unas risas entrecortadas, que nadie se atrevió a corear, aunque todas las miradas coincidieron en el hombre silencioso y vestido de gris que presenciaba la escena desde un rincón con indiferencia.

El piloto terminó de ajustar el automático y se acercó al grupo, poniendo delante de Granmer unos diagramas.

—Aquí estamos ahora, señor —dijo—. Mi consejo es que nos

apartemos pronto y descendamos un poco más.

—¿Por qué?

—El comodoro

Q'Kuoth

estará furioso y me temo que pueda atreverse a disparar contra nosotros, aunque estemos fuera de su jurisdicción.

—Sí, puede ser. Le hemos engañado como a un cadete. Hace unos días, le enviamos una nave vacía, que él creyó tripulada y la destruyó. Hoy pensó que intentaríamos de nuevo romper el cerco con un señuelo, este viejo navío, y se aprestó a alejar a las flamantes naves nuestras que venían detrás. Pero no descubrió el truco hasta que estuvimos fuera de su alcance. Esta vez el anzuelo era, en realidad, la presa.

Si hemos de atender a las coordenadas que llevaba el carguero comandado por Melvin, debemos empezar a buscarlo en los pantanos. Su último informe indicaba que allí iban a aterrizar. Así se lo dije a Cuertes cuando le encomendé la misión. Esa enorme extensión pantanosa, está situada entre los dos reinos, cerca de los desiertos. Por lo tanto, nos dirigiremos allí. ¿Entendiste, piloto?

El aludido asintió, marchándose. Granmer le gritó:

—Volaremos a menos de dos mil metros, muy lentamente y describiendo círculos cada vez más cerrados. Espero localizar el carguero.

Se volvió y acercóse al hombre vestido de gris, de mirada apagada. Se plantó frente a él y balanceando su enorme cuerpo sobre las puntas de sus botas, le dijo:

—Reconozco que fuiste valiente al acudir a mí para contármelo todo. Otro hubiera puesto mucho espacio entre nosotros, amigo. Hubiera temido mi ira. Pero yo, pese a todo, reconozco tu valor, que me permitirá arreglar este asunto a mi gusto y salvar la fortuna del grupo de mercaderes que me fue confiada. Pero como es natural, no puedo pagarte lo estipulado, porque no has cumplido con tu cometido. Sin embargo, quiero ser generoso y darte algo a cambio. ¿Qué deseas?

El hombre elevó su mirada para alcanzar las pupilas de Granmer. Torció el gesto y dijo muy lentamente:

—Quiero que me lo entregues por un rato —como haciendo un esfuerzo tremendo, terminó por sonreír, antes de añadir—: Cuando

yo te lo devuelva, te servirá de alfombra para el perro.

—Prometido —sonrió Granmer—. Es tuyo. Sabía lo que me ibas a pedir.

* * *

Tres cuerpos pendían atados por las muñecas. A la luz de las hogueras, la sangre brillaba en ellos. Dhormine Zhan, retrocedió unos pasos satisfecho, Ya sabía lo que necesitaba. Había costado más trabajo de lo esperado hacer hablar a aquellos hombres. Los contempló un instante y luego se volvió hacia sus oficiales, diciéndoles:

—Podemos alcanzar la caravana de Tecsa en una sola jornada si nos llevamos caballos de refresco. Estos perros khuridenitas, confesaron que su reina sólo lleva doscientos guerreros y esclavos. Galoparemos sin descanso hasta llegar a las Ciénagas. Yo marcharé con trescientos guerreros y seiscientos caballos. El resto del ejército seguirá nuestros pasos y se nos unirá tan rápidamente como lo permita la marcha de la infantería. El desierto termina aquí mismo y comienzan las Ciénagas. Estoy seguro de alcanzar la caravana de Tecsa antes de que esa Bruja, conducida por el mercader traidor, llegue hasta las armas.

—¿Cuándo partimos, señor? —preguntó un oficial—. Deseo ir contigo.

—Bien, Etzen. Tú vendrás conmigo, puesto que eres un buen conocedor del terreno. Saldremos ahora mismo. Que se preparen los hombres más fuertes y los mejores caballos.

—¿Y los prisioneros, señor? —preguntó el verdugo, que aún llevaba en sus manos las ensangrentadas herramientas de tortura.

Dhormine se encogió de hombros con indiferencia, antes de alejarse con sus oficiales.

El verdugo sonrió y desenvainó su largo sable, afiladísimo. Pensó, mientras caminaba hacia los tres prisioneros, que podía ganar mucho prestigio entre la tropa congregada para ver el espectáculo si conseguía decapitarlos con tres certeros tajos. Lo único que lamentaba era que sólo uno de los prisioneros conservaba el conocimiento. Se trataba del que había delatado a su reina. Bien. Lo dejaría para el último. Así, él vería cómo las cabezas de sus dos compañeros, rodaban por el suelo. Todos los presentes gozarían

ante la cara de terror que tendría hasta que le llegase el turno.

CAPÍTULO XIV

Sobre los característicos ruidos de los pantanos, la señal de alarma estuvo representada por los agudos silbidos de las flechas al cruzar el aire primero y después por los gritos de dolor de los que por ellas fueron alcanzados.

La caravana de Tecsa había estado avanzando lenta pero confiadamente por los pantanos cuando llegó el ataque de los hombres grises. Los carros, con fango hasta la mitad de las ruedas, fueron los primeros en detenerse y sus conductores en buscar refugio dentro de las cajas construidas por gruesas maderas. Luego, los soldados buscaron, expectantes, el oculto enemigo. Los hombres grises salieron de sus escondrijos cuando cesó la segunda lluvia de flechas, que apenas produjo víctimas. Corrieron hacia los khuridenitas, aullando y blandiendo sus toscas espadas y larguísimas lanzas.

Tecsa desmontó de su caballo y se reunió con Cuertes y Melvin.

—Al fin se decidieron a atacar los salvajes —dijo Tecsa, observando cómo sus guerreros arremetían contra los atacantes—. Los esperábamos desde hace dos días.

Cuertes se giró para mirar el rostro increíblemente inmaculado de la joven reina, que pese a la suciedad a que todos tenían que enfrentarse, parecía estar recién maquillado.

—¿Esperabais este ataque? —preguntó Dan.

—Mis exploradores descubrieron a los grises desde que nos adentramos en esta zona, preparándose para el ataque —Tecsa se encogió de hombros—. Ya empezaba a creer que iban a dejarnos en paz. Peor para ellos.

—Entonces, ¿no hay peligro? —preguntó Omist, mirando desconfianza el desarrollo desigual de la batalla.

—No —respondió Tecsa—. Aunque numerosos, no están organizados.

Cuertes volvió a prestar atención a la lucha. Ruen la estaba dirigiendo con eficacia. Algunos salvajes empezaban a huir. Una flecha se clavó en el suelo, cerca de ellos. Dan se volvió con la pistola empuñada y vio un grupo de salvajes correr directamente hacia ellos, chapoteando en los charcos, aullando.

—¡Dispara! —gritó Omist.

Dan acariciaba el disparador de su pistola, mientras por su mente pasaban las palabras de Vecer Uzblan acerca de la posibilidad de incluir a Corinha entre los Mundos Olvidados que poseían dos especies distintas dominantes, lo que podía cambiar el actual estado de cosas que amparaba a los comerciantes espaciales y alentaba la guerra.

Estudió someramente el aspecto físico de los hombres grises. Eran casi de su misma estatura y tenían cuerpos delgados y de brillante piel gris. Sus cabezas no tenían vello y las facciones eran rudimentarias, siendo bastante prominente la frente, lo que impedía catalogarlos entre los no desarrollados intelectualmente.

Tiempo atrás debieron ser los componentes más desarrollados de Corinha, pero la llegada de los humanos, con su agresividad e iniciativa, debió desplazarlos de su medio ambiente y recluirllos en los inhóspitos cenagales, en donde terminaron por perder su vitalidad.

Todo esto lo pensó Cuertes en un par de segundos.

Al cabo, ya sabía lo que tenía que hacer. Tendió su brazo y apuntó hacia los grises. El calor producido por el disparo hizo hervir el agua en la que chapoteaban. Los salvajes sintieron en su piel el calor y gritaron de dolor. Todos huyeron sin sufrir más que unas ligeras quemaduras.

—Eres muy humanitario, Dan. Yo, en tu lugar, me hubiera ejercitado al tiro al blanco con ellos —murmuró Melvin, ceñudo.

—Eran muchos. Alguno podía haber tenido tiempo de lanzar su jabalina. Tenía que asustarlos a todos a la vez —contestó Dan, adentrándose en las aguas para observar de cerca los cadáveres de los grises.

* * *

El vehículo había descendido hacía veinte minutos y Vecer Uzblan llevaba ya diez escuchando las explicaciones de

Q'Kuoth

. Estaba furioso. La cabezota del ser de Antares parecía ridícula, encerrada en la pequeña esfera de comunicación de la nave de reconocimiento.

—Me engañaron —dijo

Q'Kuoth

—. Apenas prestamos atención a la nave que supusimos era un señuelo. Alejamos a las que creímos que eran las que verdaderamente querían entrar en el planeta. Cuando nos dimos cuenta del engaño, ya era tarde.

—Informe al Alto Mando de lo ocurrido —dijo Vecer cansadamente.

—El Orden ya tiene una línea trazada en este asunto y no creo que lo sucedido, altere demasiado sus planes. ¿Olvida que permitió la entrada de Daniel Cuertes?

—Cierto —admitió Vecer—. Por lo tanto, límitese a informar de lo ocurrido, como si careciera de importancia. A usted le entregaron órdenes selladas antes de partir para esta misión. Comodoro, le aconsejo que lea lo que reza bajo el apartado número seis y esté preparado para actuar en consecuencia.

La perruna cara de

Q'Kuoth

puso un extraño gesto de incomprensión, diciendo que no entendía.

—Lo comprenderá más adelante —dijo Vecer—. Yo le enviaré la señal cifrada para que la reexpida al Alto Mando. Mi comunicador actual, no tiene la suficiente potencia. Creo que minutos después, recibirá respuesta a todas sus preguntas. Hasta la vista, comodoro.

Vecer no esperó el saludo de

Q'Kuoth

. Cerró la comunicación y se relajó en el cómodo asiento. Sus ojos se posaron en el informe que pocas horas antes, en el Centro de Khuride, había recibido. Lo leyó, junto con LK y ambos estuvieron de acuerdo en que las suposiciones eran acertadas. Eso fue antes de que él, disfrazado de guerrero khuridenita, entregara a Dan Cuertes el transmisor de pequeño alcance.

—Vamos, Uzblan —dijo LK desde el exterior—. Quiero que veas esto.

Vecer se incorporó y salió de la nave, reuniéndose con el

vegano. Éste le condujo, unos metros más adelante, hasta un lugar en donde, pese a la intensidad de las luces portátiles que ambos llevaban colocadas en el pecho, veían con cierta dificultad.

Se acercaron y LK, arrodillándose junto a lo que había llamado su atención, dijo:

—¿Lo viste antes de ahora? Los saqué de las aguas. Estaban medio sumergidos. Hay más. Todos están muertos por armas blancas.

Vecer se inclinó para ver más de cerca los cadáveres.

Eran hombres de piel gris y facciones rudimentarias.

—Ésta es una prueba importante —dijo Vecer, fotografiando los cuerpos con una diminuta cámara—. Apoyará notablemente nuestro plan.

—Por aquí pasó la caravana de Tecsa, sin duda —murmuró LK—. Tuvieron una lucha contra estos infelices y prosiguieron luego su marcha tranquilamente. No he visto Ningún cadáver humano.

—Creo que los nativos tienen la antigua costumbre de enterrar sus muertos. A los de Khuride me refiero, claro. Si inspeccionamos el terreno, veremos algunas tumbas. Pero no tenemos tiempo para eso.

Mientras regresaban a la nave, LK preguntó:

—¿Qué dijo el comodoro?

—Sufre una pequeña crisis por lo que él considera como un gran fracaso suyo. Le recomendé calma. Ahora, antes de partir, le enviaré las fotos para que las remita al Alto Mando. Así, cuando allí reciban nuestro mensaje dando la posición exacta del depósito, las Leyes de Intervención, estarán de nuestra parte.

—¿Por el asunto de las dos razas en Corinha?

—Sí, exacto.

—Esos hombres grises están más cercanos al mono que a nosotros —gruñó LK—. Esa teoría no puede prosperar.

—No es mi intención que prospere, sino que sirva de momentáneo pretexto. Nuestra actitud, no puede ser censurada por exceso de celo en el trabajo.

—¿Qué pasa con los informes suministrados acerca de Cuertes?

—Mañana, la caravana de Tecsa, alcanzará el lugar donde están las armas. Y Dhormine está cerca. Veremos qué pasará entonces. Estoy ansioso por descubrir el juego de Cuertes. Estoy seguro de que

una vez que leamos los informes que su conducta actual es contraria a su norma habitual. Parece actuar por su cuenta y riesgo.

—Creo que prestas demasiada atención a ese tipo.

—Quizá —murmuró Vecer.

Entraron en la nave y se acomodaron en los asientos. Vecer empezó a mover los controles para elevarla y LK cerró la puerta. Sin mirar a su compañero, Vecer musitó, como si hablara para sí:

—A veces pienso que no actuamos sensatamente al inmiscuimos en los Mundos Olvidados. A estas gentes, todavía les queda más de dos milenios para poder desarrollar los viajes por el espacio.

—Sí —corroboró LK—. ¿No sería mejor dejarles en paz al menos durante mil años y...?

Varios destellos en de negro cielo atrajeron sus miradas. Observaron a través del transparente de la cabina. Al mismo tiempo, los detectores señalaron la presencia de un navío grande. Las luces se perdieron veloces de su vista y Vecer, no dudó en decir:

—Los mercaderes se apresuran a acudir a la cita. Serán tantas gentes las que estarán, que no veremos a las personas.

LK miró a su compañero sin llegar a comprenderle, pensando que a veces, los humanos hablaban de forma muy extraña.

* * *

Muchos caballos habían muerto por el camino, reventados; pero Dhormine Zhan, podía estar satisfecho. Habían alcanzado los pantanos un par de horas antes del tiempo calculado.

Ordenó un corto descanso y envió a sus hombres menos agotados y los caballos más frescos de exploración. Si los khuridenitas habían pasado por allí, encontrarían los rastros.

Dhormine quería saber dónde estaba el enemigo, porque su intención era atacar por sorpresa. No quería correr riesgos ni tampoco tener demasiadas bajas.

Dhormine recorrió a pie el improvisado campamento. Los guerreros, medio tumbados, comían una frugal ración de carne ahumada y pan seco. Estaban cansados, pero la moral era buena. Apenas transcurrieron tres horas, cuando los exploradores empezaron a regresar.

Dhormine los recibió en su tienda. Los guerreros dieron sus informes.

—El enemigo tuvo un encuentro con los salvajes grises, señor —dijo uno—. Pero los debieron rechazar con facilidad, pues continuaron la marcha con casi todos sus efectivos. Apenas tuvieron bajas.

—Lamentable —murmuró Dhormine—. Los salvajes no han facilitado mucho nuestra labor, no han mermado demasiado las fuerzas enemigas. Pero los khuridenitas sí nos han hecho el favor de ahuyentarlos. No creo que se sientan con deseos de atacarnos ahora a nosotros.

—Encontramos a poca distancia del lugar del combate un hombre gris, que debió retirarse de allí herido, muriendo poco después. Llevaba esto atado a la cintura, como si fuera un amuleto —dijo otro explorador, mostrando a Dhormine un pesado objeto de metal.

Dhormine conocía cómo eran las pequeñas armas extranjeras. El objeto era una pistola, aunque llena de golpes. La debieron usar como martillo. No podía ser, desde luego, la de Cuertes.

—¿Qué noticias más hay? —preguntó, volteando en su mano el arma.

—La caravana sigue la dirección de los islotes del pequeño lago, señor. Sin duda alguna, ése es su destino.

Dhormine frunció el ceño, pensativo.

—Sí, es posible que sea allí donde están escondidas las armas. Es un buen lugar. En esta época del año, una vez pasadas las lluvias, es imposible llegar a los islotes sin disponer de botes o almadías. Yo conozco esos lugares y creo que la Bruja de las Brumas y sus hombres, van a tener una desagradable sorpresa cuando lleguen allí. ¡Capitán Etzen!

El oficial acudió presuroso. Dhormine le dijo:

—Dentro de media hora, partiremos.

Todos miraron confusos al rey de Fharlon.

—Señor —protestó débilmente Etzen—. Hombres y caballos están agotados. Caerán muertos de cansancio si marchan de nuevo.

—Será cuestión de horas. Tecsa acampa con sus hombres no lejos de aquí. Pasaremos por su lado y esperaremos en los islotes mañana. Allí, nuestros hombres, podrán descansar.

—Tecsa llegará casi al mismo tiempo que nosotros y seremos incapaces de levantar una espada —dijo Etzen.

Dhormine empujó al capitán fuera de su tienda.

—Conozco el camino para llegar a los islotes antes que Tecsa. Ella perderá toda la mañana en construir almadías. ¡Moveos ya!

Los oficiales corrieron a movilizar la tropa. Se escucharon fuertes protestas, que fueron acalladas por la furiosa presencia de Dhormine y el restallar de los látigos de los suboficiales.

CAPÍTULO XV

Aquella madrugada era fría y brumosa. A causa de la niebla, apenas si podía verse algo más allá de diez metros. Uzblan había detenido su nave a veinte metros del suelo, ocultándola entre las goteantes ramas de los delgados árboles del pantano.

—Sí, coordinador. El Orden acusó recibo de sus informes — insistió el comodoro

Q’Kuoth

—; pero no he recibido aún ninguna orden de intervención.

Vecer jadeó y miró alarmado a LK, que se encogió de hombros.

—Le comuniqué a usted hace unas horas dónde están las armas, comodoro, el sitio exacto. Era lo que querían saber, ¿no? Se suponía que necesitaban el informe para ordenarle a usted que desembarcara sus tropas para proceder a la incautación del cargamento. Hay que impedir la guerra que está a punto de estallar —dijo Vecer, con ansiedad—. ¿Acaso no llegó a leer las instrucciones selladas?

—Sí, lo hice. El Alto Mando me lo recomendó hace una hora, después de enviarle las fotografías e informes, coordinador. Las instrucciones se limitan a ordenarme que mantenga mis posiciones. Nada más.

Vecer casi saltó al escuchar las últimas palabras de Q’Kuoth

, quien calló, al darse cuenta de que se le había ido la lengua.

—¿Qué quiere decir, comodoro?

—Está bien, Vecer. Se lo diré, porque no me han ordenado que le mantenga al margen. La primera vez que entró en Corinha Daniel Cuertes, fue el Alto Mando quien lo hizo saber a través de usted. Yo informé la presencia de varias naves mercaderes y me dijeron entonces que las dejara pasar. ¿De verdad creyó que yo iba a caer en una trampa tan burda como la que me tendieron?

—Sinceramente, sí —gruñó Vecer.

—Poco después de que la nave mercader entrase en Corinha, aparecieron otros navíos. Eran completamente desconocidos, sus emblemas habían sido borrados. Volví a pedir instrucciones al Orden y me dijeron que debía dejarlas pasar por entre el cerco de mis naves.

—Lo peor de todo, es que yo creía comprenderlo todo y ahora estoy hecho un mar de confusiones, comodoro. Pero ¿a qué se debe este silencio del Orden a mis informes? Me acuciaban para que tan pronto como supiera dónde estaban ocultas las armas, se lo comunicara. Pensé que lo querían saber para ordenar su intervención,

Q’Kuoth

—Ya sabe que nuestras leyes nos impiden intervenir militarmente en un Mundo Olvidado —recordó el comodoro.

—Pero existe una excepción para esa ley cuando el planeta en cuestión, está habitado por dos razas distintas, sin conexión. ¿No bastan las pruebas que he enviado acerca de los hombres grises?

—Oh, vamos, coordinador. Usted mismo me insinuó que no eran más inteligentes que los simios. No pueden ser considerados como una raza primate. Un juicio posterior, derribaría esa teoría y la intervención sería vista por la Galaxia como un acto de fuerza pura.

Una chispa de luz brilló en la mente de Vecer.

—¿Entraron esas naves antes o después que usted remitiera mis informes al Alto Mando? —preguntó.

—Después, desde luego.

—Gracias por todo, comodoro. Nos veremos —sonrió Vecer.

—¿Qué está pensando? —inquirió

Q’Kuoth

, intranquilo.

—Con gusto, se lo diré todo dentro de unas horas. La imagen del comodoro se disolvió de la esfera. Vecer recordaba el gesto del militar, queriendo preguntarle cosas que él no deseaba responder, por el momento.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó LK.

—Nada. Vamos a convertimos en simples espectadores.

—¿Es que sabes algo y no piensas hacer nada?

—¿Para qué? Los más importantes protagonistas están en escena. Veremos un interesante desenlace. ¿Tú has creído ese cuento de que el Alto Mando se ha desinteresado ante mis informes?

—Eso parece...

—Lo veremos —dijo Vecer, poniendo en marcha la pequeña nave.

* * *

—Las almadías están listas, Señora —anunció Ruen. Los guerreros y esclavos que componían la expedición, habían trabajado duro durante muchas horas y con asombrosa rapidez. Diez grandes almadías, de cinco metros por tres, sujetos firmemente los troncos con gruesas cuerdas, esperaban en la ribera del poco profundo lago.

—Cien guerreros quedarán aquí vigilando los carros —dijo Tecsa. A su lado estaban Dan y Melvin, silenciosos y expectantes—. Los demás y veinte esclavos, vendrán con nosotros —se volvió hacia Cuertes y le preguntó—: ¿Tenemos bastantes medios para hacer un solo viaje?

Dan asintió. Omist le había enumerado la carga y suponía que sí.

—Adelante —dijo la reina, dirigiéndose a las almadías.

Ruen empezó a dar órdenes, distribuyendo las fuerzas. Ocho guerreros y dos esclavos, embarcaron en cada una de las embarcaciones. Cuertes decidió ir junto a Tecsa. Melvin subía en la de Ruen.

Dan no tenía la menor duda de que Melvin sospechaba de él. Desde hacía dos días, Omist llevaba en la cintura una espada que tomó de un khuridenita muerto en la lucha contra los hombres grises.

Ruen gritó y las almadías se pusieron en movimiento. El silencio era total y la niebla se deslizaba sobre las sucias aguas del lago. Cuertes sabía que los islotes estaban cerca, aunque ellos no los verían hasta tenerlos a unos veinte metros de distancia.

El frío de la madrugada había dejado paso a un pegajoso calor. Casi todos los guerreros se habían despojado de sus armaduras. Los que manejaban las pértigas para hacer deslizar las almadías sobre el agua verdinegra, tenían los torsos desnudos y sudorosos. Tecsa, por el contrario, no se había despojado de su jubón de piel, aunque sí

de los pantalones largos. Ahora llevaba unos ajustados y cortos, que dejaban sus piernas al descubierto hasta un poco más abajo de las rodillas, donde comenzaban las botas de media caña, de cuero brillante.

—¿Conocías estos lugares, Tecsa? —preguntó Cuertes. Ella, situada al borde de los maderos, en la proa, no se movió, ni respondió en seguida. Miraba el neblinoso horizonte. Tenía las manos apoyadas sobre sus caderas y Cuertes la encontraba así bellísima. Parecía una antigua diosa de la mitología nórdica terrestre. ¿Cómo se llamaban? Sí, una walkiria. Fuerte, valiente y dispuesta a medirse con las armas con cualquier hombre.

—Nunca estuve en las Ciénagas —respondió Tecsa al cabo de un instante—. Estos territorios, pese a que están en mi reino, apenas son visitados. Dhormine y los suyos, deben conocerlos mejor que nosotros, pues casi siempre los utilizan como paso para entrar en Khuride y saquear mis valles.

—Dhormine conoce bien esto, ¿eh? —preguntó Dan, preocupado.

—Estoy segura de ello. ¿Qué temes, Dan?

—Ojalá Dhormine no sepa que estamos aquí.

Ella soltó una cantarina risa.

—No pienses en eso. Tuvimos la precaución de enviar patrullas hasta cerca de los Oasis Nundoos. Nos hubieran avisado de haber visto algo anormal. Creo que Dhormine estará parado, sin saber qué hacer.

—¿Y si han cogido prisioneros a algunos de tus vigías?

—Mis guerreros nunca hablarían —repuso ofendida Tecsa—. Morirían antes de traicionarme.

—No debes estar tan segura de tus hombres, querida.

La reina le dio la espalda y no volvieron a hablarse durante el resto de la travesía. Al cabo de una hora de avanzar en medio de la espesa niebla, las almadías tocaron fondo y se detuvieron.

—¿Seguro que éste es el islote que te indicamos en el mapa? —inquirió Dan. mientras saltaba a tierra siguiendo a Tecsa.

—Sí. Las otras rocas, son más pequeñas y están detrás de este islote, que con su amplitud, cubre casi todo el frente. No hemos podido equivocarnos, pese a la niebla. Ahora, Melvin debe guiarnos.

Omist se acercó, seguido de Ruen.

—Las armas están a unos cien metros de aquí —dijo—, podemos ir a verlas mientras los hombres aseguran las almadías.

Cuertes miró con recelo a su colega y tradujo al idioma de Corinha sus palabras. La reina indicó a Ruen que llamase a varios guerreros para que les sirvieran de escolta.

La pequeña isla tenía una vegetación densa y la niebla se desgarraba entre ella. Omist encabezó la comitiva compuesta por Tecsa, Dan, Ruen y diez guerreros. Se dirigieron ladera arriba. Llegó el momento en que Omist se detuvo y dijo, señalando con el brazo:

—Ahí están las armas.

Todos miraron en aquella dirección y vieron unas cincuenta cajas de acero, apiladas sobre una porción de terreno elevado.

—Al fin —casi gritó Ruen.

Iniciaba el oficial la marcha, cuando Cuertes, le detuvo.

—Quieto ahí —dijo.

—¿Por qué? Quiero ver las armas —replicó Ruen, irritado.

—¿Crees que Melvin dejó ahí las armas sin estar seguro de que nadie, sino él, puede llegar hasta ellas?

Se volvieron para mirar a Omist, que sonreía irónicamente.

—Eres listo, Dan —dijo Melvin—. Has adivinado lo que hicimos.

—Desactiva el campo de fuerza —dijo Dan, apuntándole con su arma.

—Antes, deberás descubrir tu juego, Cuertes.

—No estás en condiciones favorables para imponer condiciones.

—¿De verdad? Te dije que tu pasión por Tecsa te iba él perder. Has traicionado a Dhormine, a Granmer, y a los compañeros.

—Las circunstancias me obligaron. No debes quejarte de ello, pues gracias a mi, has sido puesto en libertad.

Omist escupió al suelo, delante de Cuertes.

—Tuvimos cien ocasiones para huir, desde que salimos del palacio de Tecsa. No quisiste. Preferiste dar mi pistola a la reina, como un presente, antes de entregármela. No te interesaba que yo estuviera armado. Quizá al principio, fingieras colaborar con ella, pero ahora estás decidido a ayudarla. ¿Lo niegas?

La conversación se desarrollaba en idioma galáctico y los khuridenitas quedaban al margen de ella. Miraban atónitos el enfrentamiento de los dos mercaderes.

—Olvidaré tus palabras si desactivas el campo —dijo Cuertes.

—Tú no trabajas para Granmer, Dan. No estabas a su servicio. No lo has estado nunca. ¿De qué lado estás?

Por toda respuesta, Cuertes apretó el disparador de su pistola y un delgado trazo de fuego partió del cañón, eclosionando a poca distancia de los pies de Omist, que tuvo que saltar asustado.

—No serás capaz de matarme —bramó Omist—. Si lo hicieras, nunca conseguirías las armas.

—¿Crees que no sé desactivar un generador de fuerza? Sólo tengo que encontrarlo. Y la isla no es muy grande. Con la ayuda de los soldados, lo hallaré pronto.

Los ojos de Omist chispearon unos instantes llenos de odio, pero en seguida, recobró su compostura y dijo despectivo:

—No conseguirás nada por este camino. Yo no puedo sentir ningún dolor físico. Estoy preparado psíquicamente para no hablar bajo la tortura. Además...

—Voy a disparar, Melvin. Si te doy esta oportunidad, es sólo por ganar tiempo. Por última vez, desactiva el campo de fuerza.

Omist resopló y se volvió hacia las cajas, mascullando:

—Está bien. Tengo curiosidad por saber de una vez cuáles son tus intenciones. Pero si pretendes engañar a los mercaderes, te arrepentirás.

—Melvin nos dará las armas —dijo en idioma local Cuertes.

El mercader se acercó a unas rocas y empezó a extraer de entre ellas un acerado mecanismo. Entonces, un fragor, procedente de la playa, hizo que todos se volvieran hacia aquella dirección. La niebla les impedía ver más allá de los diez metros.

—Están luchando —dijo Ruen, desenvainando su espada.

—¿Son salvajes otra vez? —preguntó Cuertes, sin perder de vista a Omist. Dan prestó atención y distinguió entre el confuso clamor de la lucha potentes aullidos de guerra.

—¿Hombres grises? —dijo Ruen—. Son gritos de guerra de Fharlon.

En aquel mismo instante, surgió de la niebla una figura convulsa, que terminó cayendo a los pies de Teca. Entre quejidos de dolor, el guerrero khuridenita informó de lo que estaba sucediendo:

—Nos sorprendieron. Lanzaron contra nosotros una lluvia de flechas tan pronto como marchasteis. Luego, llegó su infantería.

Ruen tomó al herido sin ningún miramiento por las correas que cruzaban su pecho desnudo y lo zarandeó.

—¿Son muchos enemigos?

—Son de Fharlon y nos doblan en número, señor —el jadeo del soldado era cada vez mayor. Sufrió una convulsión y murió entre las manos de Ruen, quién le dejó caer al suelo.

—Mi reina —dijo el oficial, con el rostro crispado por la furia—, iré junto a mis soldados para disponer la defensa. Avisaremos a los que quedaron al otro lado del lago por medio de trompetas. Nos defenderemos mientras acuden.

Ruen, ya iniciaba la marcha, cuando Dan le detuvo.

—No quedará nadie con vida cuando llegues a la playa. Y los demás, no podrán acudir porque carecen de medios para cruzar el lago. Aquí tenemos las armas. Con ellas, cuando Omist termine de anular el campo de fuerza, no tenemos que temer ni a diez mil enemigos.

Todas las miradas coincidieron en Melvin, quien parecía dudar. Ruen, furioso, corrió hacia él, sin duda para obligarle a darse prisa. Su carrera fue detenida inesperadamente por una nube roja que lo cubrió, consumiendo su cuerpo. Aturdido, Dan salió de aquel área de fuego a trompicones. Le ardía la piel. Se apoyó sobre un árbol. Medio cegado, sintió la presencia de Tecsa a su lado, que se aferraba a su brazo con desesperación. Dan estaba aún armado, pero comprendió que estaban irremisiblemente perdidos todos.

Habían sido rodeados por un apretado círculo de hombres armados, surgidos de la niebla. Entre aquella abigarrada muralla de espadas, lanzas y armaduras, pieles y rostros erizados de barbas, destacaban las figuras estilizadas y brillantes por sus civilizadas ropas del Gran Mercader, socios, ayudantes y alguien cuyo rostro hizo estremecer a Cuertes... porque era el suyo mismo.

CAPÍTULO XVI

Primero fue un gran desánimo lo que impidió a Dan enfurecerse consigo mismo. Luego, cuando en su mente irrumpió de forma demoledora la realidad de los hechos, junto con sus futuras y probables consecuencias, el desaliento y el sopor escaparon para permitir la entrada a la ahogada furia interior que le consumía, sintiéndose impotente, sabiéndose incapaz de enderezar los torcidos acontecimientos.

Todo había ocurrido de forma tan súbita, que la danza de los personajes dentro de su campo visual, se le antojaba como algo irreal. Parecía estar presenciando un drama por el video sin importancia.

Poco antes había tenido que presenciar cómo los guerreros khuridenitas prisioneros, eran pasados por las armas, entre el regocijo de la soldadesca de Fharlon y las maldiciones de Tecsa. Sabía que al otro lado del lago, en la playa, una escena parecida se había desarrollado. Prisioneros y heridos, habían sido aniquilados fríamente. La furia de Dhormine tenía que ser muy grande. Pronto, él podría comprobarla. Quizá por ese motivo, los guerreros no se atrevían a maltratarlo demasiado. Sabían que era exclusivo de Dhormine.

La condenada niebla, una vez terminado su ciclo favorecedor a los de Fharlon, empezaba el retroceso. Si lo hubiera hecho unas horas antes, la celada tendida por Dhormine, no hubiera tenido aquel éxito tan aplastante.

Ni él siquiera, estando armado con un arma tan mortífera como lo era su pistola atómica, había tenido oportunidad de dispararla.

Volvió la cabeza y miró con pesar a Tecsa, que ahora, incapaz de pronunciar una sola palabra, mantenía la mirada baja, clavada en el húmedo suelo. Dan quiso decir algo, pero no encontró la frase adecuada para consolarla. ¿Acaso podía sentirse capacitado para

dar ánimos, cuando era él quien los necesitaba?

El campo de fuerza que rodeaba la pila de cajas, debió haber sido desactivado ya hacía algún tiempo por Omist. Las cajas estaban siendo llevadas por los indígenas de Fharlon hacia la playa. Las mismas almadías de ellos, iban a servirles para el transporte por el lago. Y luego, sobre los mismos carros de Khuride, llevadas a los valles de Dhormine.

Cerca de él, el Gran Zhan estudiaba con ojos codiciosos las armas que el gigantesco Granmer sacaba de una caja abierta. Estaban rodeados por los oficiales de Dhormine, boquiabiertos y admirados por la brillantez del metal de las armas y rifles atómicos. Un poco más apartado del grupo, el doble de Cuertes observaba la escena.

Dhormine, siguiendo las instrucciones de Granmer, empuñaba una larga y precisa pistola de alta potencia. Apuntó con ella hacia un árbol y disparó. Se produjo una explosión que asustó a los nativos en su trabajo de transportar cajas y el árbol se consumió en medio de una pequeña hoguera. Dhormine rió y tomaba ahora un rifle, cuando su mirada se cruzó con la de Dan. Entonces, el Gran Mercader, le hizo una señal y ambos avanzaron hacia el prisionero.

Se detuvieron a un metro de Cuertes, quien les devolvió la mirada con insolencia. Granmer, sonriente, dijo:

—El Gran Zhan y yo hemos llegado en todo a un acuerdo total, excepto en lo que haremos contigo, amigo. Incluso prisionero, sigues causándonos dificultades, ya que la causa de nuestro pequeño desacuerdo es que no sabemos quién tiene más derecho a matarte —suspiró teatralmente y añadió en idioma de Corinha—. Dhormine quiere distraerse un poco contigo. Un rato o unos días, según lo que tú seas capaz de resistir —señaló al hombre que parecía ser una copia de Daniel—. Pero este caballero, también reclama sus derechos. Me ha prestado un gran servicio, escapando y advirtiéndome de los hechos. Como recompensa, quiere ser él tu verdugo. ¿Qué puedo hacer?

Dan se encogió de hombros. Se volvió hacia Tecsa y le sonrió, al verla llena de asombro ante la presencia de dos Daniel Cuertes, cuya única diferencia era la ropa.

—Ése es mi hermanito gemelo, Tecsa —dijo Dan—. Hacía tiempo que no nos veíamos y ha venido a saludarme. Es muy

cariñoso.

El otro Cuertes se adelantó y dijo agriamente:

—Aprovecha tu sentido del humor para luego, lacayo del Orden. Ya veremos si sigues igual cuando te ponga las manos encima.

—Mi hermano está enfadado porque le jugué una mala pasada en Obarzum. Le pedí prestado su rostro y luego le dejé encerrado en un sótano, ante la imposibilidad de poderlo sacar del planeta. Pero es listo, pudo escapar y avisar a su amo.

Granmer sacó un largo cigarro de su bolsillo y lo encendió pausadamente. Lanzó una bocanada de humo denso y dijo:

—Ya hice mis averiguaciones, Daniel Cuertes. Sé que te llamas Mario Moncada y perteneces al Grupo Especial del Orden, que parece haberse cansado de nuestras actividades y desde hace unos años, busca una base legal para encarcelarnos. Pero no sé exactamente cuáles son sus propósitos. Sería interesante conocerlos. Propongo un trato.

—Estoy seguro de que no me interesará, pero dime cuál es. — Dijo Mario Moncada. No sabía para que podía valerle, pero tal vez ganar unos minutos, le sirvieran de mucho. El transmisor...

—Necesito conocer los planes del Orden. Sus fuerzas armadas no pueden penetrar en Corinha. ¿Qué te proponías hacer? Porque estoy seguro de que tus proyectos no eran entregar las armas a Tecsa y, mucho menos, a Dhormine. ¿Acaso destruirlas? Si hablas, puedo ofrecerte algo.

—¿La libertad? —insinuó Mario, mordaz. Granmer hizo un gesto de contrariedad.

—Eso no, desde luego, pero sí te mataría de un piadoso disparo. Así no caerás en las manos de Dhormine o el verdadero Daniel Cuertes.

Mario hizo un gesto de indiferencia.

—No me interesa tu propuesta. ¿Quién va a ser mi verdugo?

—Mucho deseo llevarte a mi sala de torturas —dijo Dhormine—. Pero quiero demostrar a Granmer mi amistad. Le cedo mis derechos.

El gigantesco mercader se volvió hacia el verdadero Daniel Cuertes y le dijo, al tiempo que le palmeaba la espalda:

—Tuyo es, amigo. Puedes empezar cuando quieras. El aludido asintió, complacido.

—En seguro. Siempre tuve curiosidad por, maltratar mi propia cara. ¿Cómo quedaría mi rostro después de aplicarle hierros al rojo vivo?

—¿Y la bella dama? —preguntó insinuante Granmer a Dhormine.

—Me pertenece —dijo el Gran Zhan.

—Tienes buen gusto, Dhormine. Es bella, de suave piel y joven.

—No la quiero para mí. —Dhormine se acercó a Tecsa y añadió: No siempre se tiene a toda una reina al alcance de la mano para su distracción. Me lo agradecerán.

—Es una lástima que Moncada no pueda hablar —suspiró Granmer—. Al igual que nuestros agentes, su mente está condicionada para no hacerlo, si no es por su propia voluntad.

Melvin Omist se acercó al grupo. Señaló al prisionero y dijo:

—Creo que se puede conseguir, Granmer. Dhormine me ha dado una idea. ¿No habéis observado cómo sus puños se crisparon cuando el Gran Zhan habló de sus proyectos respecto a la reina? Moncada está enamorado de Tecsa. Tal vez confía en morir antes de que llegue la noche, para no ver la suerte que correrá su amada. Estoy seguro de que puede resistir el dolor físico, pero no el espectáculo de presenciar a Tecsa en manos de un grupo de brutales guerreros. ¡Haced la prueba!

Mario se retorció como un reptil. Las cuerdas que le tenían maniatado, eran fuertes y sus nudos se apretaban más todavía cuando él se movía. Sintió que la rabia le nacía dentro de su estómago y salía al exterior en forma de ardiente sudor. No había ningún indicio de salvación para ellos. Incluso no confiaba en el transmisor que le había entregado Uzblan y debía estar perdido en algún lugar de la pequeña isla. ¿De qué podía servir su señal, si los coordinadores no podían intervenir?

La única y remota esperanza que tenía era que hasta la noche, nada iban a intentar contra la mujer que amaba. Ciertamente, él confiaba en morir antes.

—Es lo más sensato que he escuchado hoy —murmuró Dhormine, acariciándose su cuidada barba—. Omist ha estado muchos días con ellos y debe estar seguro de lo que dice.

—Y si se ha equivocado, nada perderemos con probar —dijo Granmer.

Dhormine aprobó con un movimiento de cabeza. —Estoy conforme— dijo.

Un oficial corrió a buscar unos cuantos guerreros.

Mario miró a Tecsa y ella trató de sonreírle, queriéndole dar ánimos, pero con escasa fortuna. Se sintió desfallecer. Tragó saliva y forzó su mente, tratando de buscar una excusa para ganar tiempo. Pero se encontraba embotado, aturdido.

—Aún estás a tiempo, Moncada —recordó Granmer. Mario sólo pudo mover negativamente la cabeza. Aunque hablase, no iba a cambiar lo que aquellos hombres les tenían reservado.

Llegaron seis guerreros. Ya debían conocer por medio del oficial que marchó a buscarles lo que Dhormine quería de ellos.

Dhormine se limitó a señalarla y decir:

—Es vuestra.

Los guerreros avanzaron hacia Tecsa. El más osado de ellos, la levantó y libró de las ligaduras. Otro, torpemente, empezó a quitarle el jubón. Mario presenciaba la escena como alorado, luchando por querer hablar, por evitar aquel horror.

Escuchó el primer grito de Tecsa cuando ésta sintió que le era arrebatado el jubón de forma violenta. Mario quiso gritar y comprobó horrorizado que de sus labios no salía una sola palabra, ni un quejido siquiera. Lo veía todo a través de una niebla ondulante y cromática. Incluso los hombres que le rodeaban tenían sus contornos borrosos, se movían pesadamente. Los guerreros querían alcanzar a Tecsa y apenas si podían rozarla. Ella se iba desplomando lentamente, sin que nadie pudiera ser capaz de sostenerla.

Mario jadeó y trató de llenar sus pulmones de aire.

Una bocanada de algo dulzón le trajo en seguida la respuesta. Forzó su postura y dirigió una última mirada a los obarzumitas, a Dhormine y sus oficiales. Algunos, ya habían caído. Las personas se le antojaron gigantes muy delgados, de figuras distorsionadas. Nuevos personajes fueron entrando en su campo visual, con movimientos cada vez más lentos. Los que ahora llegaban, parecían descender de las alturas. Sus figuras brillaban en plata y negro. Arrojabán rayos de fuego, que aniquilaban a los guerreros.

Como última sensación, llegó hasta él un asqueroso olor a carne achicharrada.

CAPÍTULO XVII

Abrió los ojos. Supo que estaba descansando sobre un lecho duro y suave a la vez, que se amoldaba a su anatomía. La mirada, clavada en el techo, sólo veía un blanco inmaculado, inundado de luz.

Mario se incorporó y en seguida, el lecho actuó para servirle de asiento. Sintió en el paladar el sabor característico de la acción de la nioticina, la droga adormecedora y restauradora del sistema nervioso. Si había estado bajo sus efectos, no podía saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente. La habitación era pequeña, limpia.

En aquel momento se abrió la puerta que tenía enfrente y entraron dos hombres. Uno de ellos era el coordinador de Fharlon, Uzblan. Al otro no lo conocía, aunque vestía un uniforme que le era demasiado familiar. Los recién llegados, se acercaron sonrientes a él. Vecer dijo:

—El avisador nos comunicó que habías vuelto en sí, Mario Moncada.

Mirando al hombre uniformado de negro y plata. Mario preguntó:

—¿Mandaba usted las tropas, comandante?

—Si —asintió el aludido—. Mi nombre es José Roca.

Ya empezaba a impacientarme allá en el espacio, al no recibir el permiso de intervención. Acudimos tan pronto nos lo dijeron. Por unos momentos, temimos no localizar a tiempo el lugar de la reunión. Entonces Vecer Uzblan nos encontró, llevándonos hasta el sitio preciso. Trazamos el plan de operaciones —Roca sonrió, al recordar su encuentro con el coordinador—. Vecer no salía de su asombro cuando vio las fuerzas. Pero el Gran Mercader y sus hombres nos llevaban cierta ventaja y ya habían entrado en contacto con Dhormine, decidiendo tender una trampa a los hombres de Khuride.

—¿Cómo supo Dhormine que nos dirigíamos a los islotes?

—Capturó a varios guerreros de Tecsa y uno de ellos, habló. Cuando llegamos a los islotes, Dhormine ya se había adueñado de la situación y nos resultaba imposible entrar a tiempo para evitar la lucha. Entonces, decidimos bombardear la zona con gases paralizantes, al tiempo que nuestros soldados descendían. No era nuestra intención, pero tuvimos que matar a algunos fharlonitas, a quienes el gas no parecía surtir mucho efecto. La situación lo exigió.

—Dhormine asesinó a sangre fría a muchos prisioneros —dijo Mario.

—Lo sabemos —admitió Vecer—. No pudimos impedirlo. Ya te ha dicho Roca que tuvimos que precipitar un poco las cosas para poder liberar a Tecsa del ultraje que estaban a punto de cometer con ella.

—¿Cómo está ella? —preguntó Mario, temeroso.

—Perfectamente. No la tocaron —se apresuró a decir Roca—. Desde hace veinticuatro horas, está en Khuride. LK está encargado de poner orden allí con algunas tropas pacificadoras. Yo lo hago aquí, en Fharlon. En unos días, nos marcharemos, llevándonos a los mercaderes para que sean juzgados. Los hemos desorganizado totalmente. Pronto vendrán los especialistas para ocupar nuestro puesto.

Mario se levantó y tomó ropas de un armario, vistiéndose.

—Me satisface cómo ha terminado todo esto, Mario —dijo Vecer—, pero no me gusta haber estado enterado sólo parcialmente de la verdad. ¿Por qué no me dijo en su tiempo el Alto Mando que tú eres un agente?

—Todo es consecuencia de un largo y meticuloso plan elaborado en la Tierra. Estábamos decididos a acabar con el negocio de los mercaderes. Obarzum, incluso nos apoyaba moralmente —explicó Mario—. Por entonces, ya se había anunciado que Corinha iba a ser integrado en el Orden Imperial. Se estudiaron a fondo las leyes sobre colonización que concernían a este planeta, al tiempo que se vigilaba a los mercaderes. La trampa debía ser perfecta, para acabar con ellos definitivamente.

Secretamente, se envió a Corinha una expedición que regresó a la Tierra con algunos miembros de los salvajes hombres grises. Durante meses, se les sometió a una enseñanza intensiva. Se logró

que supieran leer y escribir, hablar el galáctico. Por entonces, los mercaderes, cuyas actividades se veían restringidas al máximo, decidieron realizar su último y gran negocio: adueñarse de todo un planeta y explotarlo, amparados por las leyes. Reunieron sus capitales y enviaron a Corinha armas compradas a alto precio. Pero la nave estaba sabotada por nuestros agentes y casi se estrelló en los pantanos. Entró entonces la segunda fase del plan. Granmer, que desconocía el lugar donde había ocurrido el accidente y temía por la pérdida del cargamento, recurrió a uno de sus mejores hombres para que lo encontrase y formalizara el negocio con Dhormine, con quien ya existía un acuerdo verbal. Este hombre fue Daniel Cuertes.

»Pero a Cuertes lo encerré en una habitación, cuando iba a partir de Obarzum, tomando su lugar. Mi aspecto físico era similar al suyo y nuestros cirujanos, sólo tuvieron que alterar ligeramente mi rostro. Los tripulantes de la nave que tenía que trasladar a Cuertes, también fueron suplantados por nuestros hombres. Y yo llegué aquí porque el Orden dispuso que te comunicaras con el comodoro para que no impidiera mi entrada, Vecer.

»Yo tenía que provocar la desconfianza de Granmer para que éste acudiese a Corinha. Lo iba a hacer silenciando mi presencia y poniéndolo nervioso. Pero Cuertes escapó y, verdaderamente, ayudó al plan, haciendo que Granmer y los mercaderes viniesen a Corinha. Así queríamos apresarlos, con las manos en la masa.

»Tú sólo estabas al corriente en ciertos aspectos, Vecer. Tenías instrucciones de seguirme y denunciar el lugar donde estuvieran las armas perdidas. Cuando

Q’Kuoth

lo supiese, ordenaría el desembarco de las tropas. ¿Adivinas cuál ha sido la base jurídica en que nos hemos apoyado para intervenir militarmente?

—Sí, me ha informado el comandante Roca —asintió Vecer.

—Tú pensaste algo parecido cuando enviaste al Alto Mando las pruebas de la existencia de los hombres grises —sonrió Mario.

—Exacto. Me extrañó mucho que no hicieran caso, porque en realidad, ya tenían prevista tal argucia. El plan era un perfeccionamiento de mi idea súbita. Al existir dos razas inteligentes en un Mundo Olvidado, las fuerzas del Orden pueden intervenir para evitar una guerra.

—Eso es. Ante la Galaxia entera, hemos actuado dentro de las leyes. Tu idea, Vecer, sólo hubiera durado unos días, pero nosotros nos anticipamos y la fortalecimos, haciéndola duradera.

Salieron y entraron en la sala siguiente. Allí estaba el orionita Ost, que saludó cordialmente a Mario.

—Deseo conocer ahora los planes sobre Corinha —dijo Mario.

—La Tierra y varios planetas, serán sus protectores —informó Roca—. Se sacarán a los hombres grises de las Ciénagas y se les darán tierras fértiles para que las cultiven. Será instaurada una república, con una cámara de representantes elegidos entre los ciudadanos de Fharlon, Khuride y el pueblo gris.

—¿Qué piensa Dhormine al respecto de esto? ¿No es peligroso dejarlo en el poder? Sus ambiciones siguen persistiendo —dijo Mario.

—Le hemos convencido de que los tiempos de las guerras y conquistas han pasado —dijo Roca—. No podrá iniciar nuevas guerras.

Ost había salido poco antes y regresaba. Dijo a Mario:

—Tiene una visita, Moncada. Le esperan en la sala siguiente.

—¿Quién es?

—Debes verlo tú mismo —dijo Vecer, enigmático—. Recuerda que tenemos un vehículo aéreo a tu disposición.

Moncada no comprendió a Vecer, pero como no quiso perder el tiempo en pedir explicaciones, se encogió de hombros y salió.

Al entrar en la sala adjunta, Mario se quedó de una pieza. En el fondo se hallaba Tecsa Thaes, más bella que nunca. Vestía un traje de cortísima falda de color rojo brillante.

—Hola, Mario dijo ella, sonriente. —Sé que tengo que llamarte así, desde ahora.

—Tecsa —dijo, acercándose a la mujer—. Deseaba verte, saber que estabas bien.

—Quería despedirme de ti.

—¿Despedirte? ¿Acaso te marchas?

—Yo, no, desde luego —rió ella—. Pero es de suponer que tú regresarás a tu mundo, ahora que has terminado tu misión.

—Sabes que te quiero, Tecsa, Vente conmigo, Tu presencia aquí, ya no es necesaria.

—Te equivocas. Ahora es cuando soy más precisa que nunca.

Grandes cambios están a punto de producirse en Corinha. Yo debo y deseo estar presente para guiar a mi pueblo en la paz.

—Otros pueden encargarse de eso. Los mercaderes nunca volverán a enturbiar la tranquilidad de este planeta. Están acabados.

Mario había avanzado unos pasos y estaba adelantando su mano hacia Tecsa, cuando la mujer le detuvo, con su risa divertida.

—Es mejor limitarse a veces a ver a las personas, no querer llegar a ellas, Mario. Puede romperse el encanto del momento. Yo siempre estaré en mi palacio, en Khuride, esperándote. ¿No crees que tú serías aquí más valioso que en la Tierra? Pronto dejaré de ser reina, para convertirme en una mujer solamente. Y necesitaré un hombre a mi lado.

Cuando sus manos atravesaron el cuerpo de Tecsa, Mario comprendió que era sólo una imagen enviada desde Khuride.

—LK me dijo que así podía verte y hablarte, Mario.

—Querida... —empezó a decir él.

—Te esperaré en Khuride, Mario. Pero no te censuraré si tu voluntad te impulsa a regresar a la Tierra. Es posible que algún día, si lo deseas, vayamos a ella los dos juntos.

Cuando Mario quiso responder, la imagen se desvaneció. LK, a indicación de la reina, debió cortar la conexión.

Mario permaneció unos minutos en la sala, pensativo. Al cabo, su rostro había adquirido una determinación, Regresó donde estaban Vecer y Roca, que le miraron interrogadoramente. Mario, dijo:

—Acepto el vehículo que me ofreciste, Uzblan.

—Lo sabía —sonrió Vecer—. Pero es mi deber decirte que una nave partirá directamente a la Tierra dentro de una hora.

Mario ya se marchaba, después de coger al vuelo los codificadores del vehículo que le arrojó Vecer. Se detuvo y dijo:

—Mi destino no será la Tierra, por el momento. No me interesa esa nave. Estaré en Khuride.

—¿Entonces, qué diré a los superiores? —preguntó Vecer, aunque su sonrisa demostraba que conocía perfectamente la respuesta.

—Solicito residencia temporal e ilimitada en este planeta. Por favor, Vecer, encárgate de todo el papeleo, ¿quieres? —Y se

marchó.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (

G. H. White

). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignoutus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).